

A cityscape at dusk or dawn, featuring a river in the foreground and a large, vibrant red rose in the lower-left corner. The city buildings are silhouetted against a dark sky, with some lights visible. The overall mood is romantic and nostalgic.

María Girardet

VOLVERÁS

Agradecimientos

Gracias a mi madre por todo su apoyo en este proceso te amo como no tienes idea. Gracias a mis amigos y a mi querida vecina «Yuly» por prestarme su laptop para terminar la edición de esta hermosa novela, de la cual me siento tan orgullosa. ¡No sabe usted cuanto le agradezco esta inmensa ayuda!

Pero el agradecimiento más grande que debo dar, es a quien sin duda alguna no me fallo, ni me abandono en todo este proceso, y ese sin dudas es a mi dios y a esa perseverancia que puso en mí, para afrontar todas las adversidades y dificultades que la vida me puso en el camino durante el proceso y las cuales, esquivé con alevosía y perseverancia.

Y por último, pero no menos importante, a mi hija.

Mi hermosa Emita. Mi amor, eres el centro de mi alma y no sé qué sería de mí sin tu compañía, apoyo y dulce amor. Eres lo mejor que la vida pudo darme y no tienes idea de lo mucho que te amo. Este es mi legado para ti, mi loca y amorosa imaginación. Espero que algún día, no muy lejano, cuando ya seas toda una mujercita, leas mis historias y te sientas orgullosa de mí y de todo lo que logre a pesar de

tener tan poco.

Nunca te rindas y siempre, siempre has lo que realmente ames y desees hacer. Porque al final de nuestros días, eso es lo que nos llevamos con nosotros, nuestros recuerdos y no lo material.

Vive de las fantasías, de los anhelos, de los sueños, porque eso, es lo más hermoso que dios pudo regalarnos, sino, piensa en mí o mírame, cumpliendo mis sueños y fantasías a través de estas líneas. Y créeme, soy muy feliz con ello, porque es lo que siempre desee, transcribir en líneas todo lo que mi mente posee.

Att. MG

Advertencia

No se permite la copia, reproducción y/o adaptaciones sin el consentimiento de la autora. Por favor valora y respeta mi tiempo, trabajo y constancia invertida en este manuscrito y no lo descargues ni lo consigas de manera pirata, si lo haces, colaboras con la corrupción y el plagio que dichas páginas piratas aportan a nuestra comunidad literaria.

Descarga y/o consíguelo de manera legal en las plataformas

Legalmente aprobadas para su libre descarga.

Todos los derechos reservados © **2019**

Índice

Agradecimientos.

Advertencia.

Prólogo.

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Epílogo.

Prólogo

*Santiago un hombre soltero rico y empresario, solitario por su forma de ser amargada y poco divertida debido a sus obligaciones y poco interés en la sociedad, se verá atrapado en las riendas del amor, el cual, sin tan siquiera imaginárselo llegara a su vida en la noche de su cumpleaños, una noche que como decía su fallecida madre, traía consigo buenos augurios cuando esta, fuera tan oscura y estrellada al mismo tiempo, ese buen augurio, tiene nombre y apellido, «Nathalia Cortez» quien trae consigo, un gran secreto y unas dulces espinas, que harán a Santiago. . **Enloquecer.***

Dime. . ¿Lo quieres saber? Pues no te detengas y acompáñalo en este viaje lleno de amor y ternura por las hermosas calles de Bilbao.

Capítulo 1

Hoy es. . Viernes 29 de septiembre 2017.

Mi nombre es Santiago Da' monte y hoy es mi cumpleaños número treinta.

Debería estar contento, y festivo. Pero no lo estoy, porque admito que soy un gran fracaso en mi vida personal.

A estas alturas de mi vida, aun no me he casado, pensé que lo haría, pero está comprobado que soy un total fracaso en las relaciones. . De hecho, hace poco termine una relación de tres años con mi ex novia, Elizabeth Nash.

Supongo que gracias a lo romántico empedernido que soy, mi estado emocional no mejora y por eso, ahora estoy como un idiota haciéndome una autodestrucción mental, mientras tomo una taza de café frente al inmenso lago que tengo en la parte trasera de mi amado hogar.

¿Hasta cuándo estaré así? ¡No lo sé! Y créanme, me lo pregunto a diario desde hace tres semanas y debería dejar de hacerlo.

Claro, por supuesto que Debería.

¿Pero qué haces cuando le diste todo a una mujer y no lo aprecio? Sino que muy al contrario de hacerlo, te da la espalda cuando más la necesitas y no solo bastarle con eso, sino que también te apuñala por la misma al acostarse con tu primo hermano, ¿qué harías?

¿Cómo no estar herido?

¿Cómo no dejar de pensar en ello?

Tal vez no la ame tanto como pensaba. O tal vez si, por que cuando pienso en la situación, siento que me duele más la traición familiar que la de Elizabeth. Pero a este punto, estoy tan confundido de que sentir, que al mismo tiempo siento TODO.

Si los confundo, me disculpo y lo comprendo, porque también lo estoy.

Hace una hora me llamo mi mejor amigo Fernando, me invito a una fiesta. Pero a estas alturas de mi vida, ya no estoy para esas cosas. Hace mucho tiempo que no asisto alguna. . Supongo que por eso, mi ex me dejo por mi primo, los dos son jóvenes y fiesteros. Yo no. Les sonara muy cliché lo sé. . Pero es realmente como así soy.

Además, tengo una gran responsabilidad bajo mis manos.

La gran empresa que me fue heredada. «Inversiones Da' monte».

Fui hijo único de mis padres, Ellie y Santiago Da' monte. Adoptaron a mi primo hermano Ramiro cuando asesinaron a sus padres en un asalto a mano armada, cuando este, apenas tenía seis años de edad.

Mis tíos paternos murieron en el acto, su caso fue muy sonado en todos los medios del país, ya que ambos eran grandes abogados de renombre. Mi tía Laura, trabajaba con el primer ministro del país y mi tío, Patricio Rinaldi, era abogado de grandes empresarios y también de la familia Real. Fue un duro golpe para toda la familia, eran tan jóvenes tenían el mundo por delante y se amaban con un fervor envidiable.

No es por bromear, pero al menos, cumplieron su promesa ante dios. Estuvieron juntos hasta que la muerte los separo.

En su testamento, dejaron especulado que mi padre, «Quien era hermano de mi tía Laura» se hiciera cargo de Ramiro y fuera el albacea de la herencia dejada a mi primo.

Mi padre lo hizo, asumió con respeto y sincera aceptación la petición de mi tía y junto a mi madre, criaron a Ramiro como otro hijo más. Los cuatro fuimos felices durante muchos años y Ramiro se adaptó a nuestra familia muy bien.

Papa murió años después, cuando apenas cumplía mi mayoría de edad y Ramiro en pleno desarrollo de su adolescencia, trece años. Mi padre me dejo a cargo de todos sus bienes, de la casa y de todos los bienes de Ramiro también.

A mi primo nunca le agrado del todo eso. Sabía que el sentía que yo gastaría su dinero. Cosa que nunca hice, todo estaba bien controlado y seguí al pie de la letra lo estipulado en el testamento de mi padre y el de mis tíos.

Jamás tocaría o me aprovecharía de algo que no me pertenece. Mis padres no me educaron de esa manera y además, no lo necesitaba.

A pesar de la gran responsabilidad que mis padres me confiaron y dejaron, siempre me gusto trabajar por mi cuenta. Estudie diseño gráfico y me especificó en diseñar portadas para grandes y pequeña novelas literarias.

De ahí nació, la Editorial Da' monte.

Mi editorial. Toda mía. Un gran orgullo, el cual mi padre no pudo disfrutar en vida, pero mi madre sí.

La funde al recibir mis primeros dos cheques, uno por mis grandes aportes a la empresa de mi padre. «Inversiones Da' monte». Y el otro, al hacer mi

primer diseño gráfico a una empresa inmobiliaria.

Hace un año mi madre murió a raíz de una pulmonía. Era muy terca, nunca le gusto ir al médico después de que mi padre muriera de un paro respiratorio.

Ella siempre decía:

—«*No perderé mi tiempo con esos ineptos hijo mío*»

Créanme, insistí lo más que pude, pero nunca obtuve resultados positivos, así que me di por vencido y cuando la perdí, también me sentí perdido y desde entonces cambie.

No sé si para bien o para mal. Supongo que la segunda opción es la acertada, porque a raíz de eso, descuide mi noviazgo y toda mi vida personal en general y he aquí donde me encuentro.

Solo y amargado. Sin vida personal. . Mucho menos social.

Pero no era justificativo para que ella, Elizabeth, me jugara de esa manera tan vil. Con mi propio hermano. ¡Claro que no!

La melodía chistosa del teléfono de casa me trae de vuelta a la realidad y me saca de mi autodestrucción mental.

¡Gloria a dios!

Porque esto solo ocurre cuando me siento solo, triste y amargado. Siempre me termino perdiendo.

Me pongo de pie y a grandes zancadas ya estoy sobre la encimera, tomando el aparato telefónico.

—¿Bueno?

—¡¡Santiago!! —Gritan desde la otra línea con entusiasmo— Hasta que por fin doy contigo.

—Fernando, hablamos hace una hora...

Me interrumpes.

—¡Espérate wey! —Le dice a otra persona que se escucha de fondo.

Sí, Fernando es mexicano y a mucha honra.

—Si pero cálmate ya le digo pendejo. Primero déjame hablar con él, sino pos que... —Aparto el teléfono de mi oído por unos instantes y cuando vuelvo acercarlo, por fin acaba el alboroto— Te decía Santiago, que debes ir a esa fiesta esta noche.

—Ya te dije que no...

Vuelve a callarme al interrumpirme.

—Debes salir de esa depresión de verga. No le des gusto a Eliza y menos a Ramiro ¡No seas cabrón!

—Fernando...

—¡Santiago! Haz me caso, paso por ti a las nueve o a las ocho. Pero estate listo, viste de ropa formal.

—¿Por qué? Donde será esa...

—Ahora te veo.

Y la llamada finalizo. Me corto, me dejo hablando solo el muy idiota.

Dejo la tasa de café allí mismo, en la encimera y me encierro en mi oficina.

La biblioteca.

Me siento en mi escritorio y reviso los nuevos correos, checo mi teléfono móvil y veo las veinte llamadas perdidas de Fernando, otras son de mi asistente personal y otra de mi abogado.

El gran Ricardo Presley. Hijo mayor del mejor amigo de mi padre y uno de mis mejores amigos, aparte de Fernando.

Le devuelvo la llamada, me desea con entusiasmo un feliz cumpleaños y nos ponemos al día por unos quince minutos.

Al medio día, Nora, mi ama de llaves, me anuncia que el almuerzo está listo y servido para cuando guste comerlo y salgo de mi encierro en la oficina.

Cerca de las cuatro y media me preparo para asistir a una reunión. Al bajar las escaleras, me encuentro a Ramiro entrando a la casa Da' monte.

Porque sí, aún vive aquí. Pero ya está a punto de mudarse para mi fortuna y la suya.

En el testamento de mi padre y el de los suyos. Quedo estipulado «Y debí aceptarlo a pesar de la situación que vivimos en la actualidad» Que Ramiro no recibiría su herencia hasta cumplir sus veinticinco años, los cuales, estaba próximos a cumplir.

¡En cinco días!

Solo debo resistir un poco más. Aunque para mi fortuna, casi no tengo esta desdicha de verle. Últimamente, siempre dejo que mi trabajo me absorba.

Y, entre sus estudios universitarios y las fiestas, casi no ronda la casa. Y por lo tanto... no lo veo con frecuencia.

Estudia derecho.

«**También será abogado**» como sus padres. Aunque realmente no creo que le guste, creo que solo lo hace por compromiso y porque sus padres así lo insinuaron en el testamento.

—Hola Santiago. —Lo escucho balbucear mientras termino mi recorrido

por las grandes y largas escaleras— Vengo por unas cosas y me gustaría...

—Que te vaya bien Ramiro.

Le paso por un lado y abriendo la gran puerta doble, salgo de la casa.

Al salir de mi propiedad saludo a mi vigilante y al jardinero quien está ingresando por la pequeña puerta de entrada y veo por el espejo retrovisor como el portón doble se cierra mientras cruzo la esquina. Aceleró a toda velocidad mi Mazda 3 Sedan y me dirijo a mi empresa.

A las siete y media estoy de regreso a mi casa y una rica cena me espera lista, para ser devorada por mí. Pero antes de tan siquiera probarla, me voy a toda marcha hacia mi habitación y me doy una buena ducha. Ya fresco, regreso a la cocina y ceno con el personal de servicio.

A todos los quiero y aprecio. Los trato como a una familia, porque prácticamente lo son, todos me vieron crecer y convertirme en el hombre que soy. En especial Nora, más que ser mi ama de llaves, es como una segunda madre para mí, cuando niño, me cuidó infinidad de veces, mientras mis padres salían de viaje.

Sí, me cambio los pañales y todo eso...

Solo a ella puedo confiarle esta casa tan grande y todo lo que ella por dentro posee mientras no estoy. Es mi mano derecha y mis ojos, cuando alguien ajeno invade mi hogar.

Ya saben... me refiero a los amigos de Ramiro. Su combo. Nunca me agrado.

Al terminar mi cena, regreso a mi habitación, enciendo la tv y me quedo dormido viendo una película del director Sam Taylor-Johnson.

A eso de las 20:30 de la noche, escucho un revuelo en la entrada de mi casa.

Fernando.

Estaba discutiendo con el vigilante y con tres de mis hombres de seguridad.

Me asomo por el balcón de mi habitación y callo el bullicio.

—¡Silencio! A ver... —Grito— Jake —Le hablo al vigilante— Déjalo pasar.

—Pero señor casi derriba el portón.

—Si bueno, ¿pero lo hizo?

—No, porque lo deje entrar...

—¡Bueno, entonces ya está! Cada quien regrese a su lugar. Por favor, no

más escándalo. ¡Gracias!

Veo a Fernando adentrarse a la casa detrás de Nora y regreso a mi habitación cerrando la puerta corrediza que da al balcón.

Me siento en la orilla de la cama y lo veo entrar.

No me dejo dormir pero ni treinta minutos.

Este pelele.

—¿Pero qué haces en pijama? —Chilla eufórico— ¡Te dije que me esperaras listo Wey!

—Te dije que no estoy de ánimos para fiesta.

—¡Ay!... si es por eso nunca estas de ánimos de nada. —Suspiro— Párate vamos, ve a vestirte aún tenemos tiempo.

—¡Que no!

—Que si cabrón muévete. Es tu cumpleaños hay que celebrarlo.

Me toma del brazo y me lleva arrastras hasta mi armario y de una patada me deja encerrado dentro de este.

—¡Y no te dejare salir hasta que estés arreglado!

Ruedo los ojos y me siento por unos instantes en el suelo. Brilla reluciente... definitivamente me encantan estos pisos de mármol, amo esta casa y su estilo victoriano moderno, el cual le agregue con el pasar de los años desde que papa se fue. Me toco las cien con ambas manos y me relajo.

Al cabo de un minuto, me pongo de pie y estoy escogiendo que ponerme.

—¿Y me dirás a donde me llevas o qué?

—Claro... a una fiesta de la hija del presi.

—¿Qué? —Abro mucho los ojos.

—Sí, ya sabes... la salvaje hará una fiesta alocada en el club nocturno más top de la ciudad.

—A no, Fernando. Yo no...

—¡Tu cállate y se buen amigo! Acompáñame y déjame acompañarte en tu día.

Resoplo y me coloco unos vaqueros de color negro, una camiseta gris de corte v en el cuello y una chaqueta negra de cuero. De último, escojo unos zapatos de gamuza azul oscuro, me miro en el espejo de cuerpo completo, detallo mi rostro soñoliento y me paso las manos por ambos ojos, ahora ya no son tan grises... seguro es por el cansancio. Me doy palmadas en mis mejillas para darles color y por último, me paso la mano por el pelo.

—Estoy listo. —Le anuncio.

Me deja abrir la puerta de mi armario y al verme, sonrío.

—Eso... estas para matar hermano. ¡¡Ahora, vámonos!!

Salimos de mi casa con calma y nos montamos en su auto, un Ferrari de los años ochenta y de un color rojo, muy escandaloso para mi gusto.

Aunque el auto es una preciosura en sí.

Al cruzar el portón y tropezar con el vigilante de mi casa, hago que Fernando detenga el auto.

—Lamento gritarte hace rato Jake. Pero para la próxima, ya sabes... solo déjalo entrar antes que derrumbe el portón.

Fernando y Jake ríen al mismo tiempo.

—Sí señor. ¡Que tenga buena noche!

—Igualmente Jake.

Fernando escogió tomar la autopista central y el tráfico... segundos después, nos atrapó.

—Te dije que tomaras la interestatal. —Le digo con gracia, mientras sonrío.

—Ya cállate... ni me lo recuerdes. ¡Mira la hora que es! Me perderé lo mejor de la noche.

Eso me hace reír, pero luego frunzo el ceño.

—¿Y qué es lo mejor de la noche?

—¡¡Antonina bailando en el tubo!!

—¿Qué? —Espeto asombrado.

Que joyita salió la jovencita.

—Sí, lo anuncio en su Instagram y por eso las entradas a la disco se agotaron en menos de dos horas. —Fernando sonrío inspirado.

Yo deje de escucharlo reír y me perdí en la inmensidad de la noche.

Esta hermosa, muy estrellada, pero al mismo tiempo, muy oscura.

Mama siempre tomaba estas noches como buen augurio. Y tal vez... por esta noche, yo también debería tomarla así... por buen augurio.

Al menos, este cumpleaños no lo pasaría tan solo. Aunque el anterior tampoco lo pase solo, pero así me sentía. Solo.

La compañía de Elizabeth no me sirvió de nada esa noche, mi madre cumplía al día siguiente cinco meses de fallecida. Yo no tenía ánimos de nada y Elizabeth, solo estaba pendiente de su teléfono, y de todas esas redes sociales modernas.

Y ahora... en solo horas, mi madre cumpliría su primer aniversario.

Que amargo despertar de seguro tendré, espero que algo pueda entretener mi mente.

Trabajo. ¡Sí! Debo enfocarme en eso.

Me siento como un Edward Cullen, antiguo de alma y espíritu. Joven de cuerpo, apariencia y actitud.

Se hicieron las 22:00 y apenas salimos del tráfico, Fernando aceleró su Ferrari en la autopista y luego tomo la interestatal y en menos de diez minutos llegamos al dichoso club llamado. . «Éxtasis Night».

Vaya nombre...

Nos tomó más de una hora llegar, detesto el tráfico.

¿Ya lo he mencionado antes? ¿No? Bueno...

Dejamos el auto con el parquero y pasamos sin problema dentro del club. Los de la cola se quejaron al ver que nos dejaron entrar sin problema, pero lo que no llegaron a notar, fue los pases vip que Fernando le mostro al portero con nuestros nombres impresos en dichos pases.

Hasta eso había planeado el muy sinvergüenza.

Al adentrarnos en el lugar, la música me ensordece. Arrugo mi cara en total desaprobación y me cubro el rostro con la palma de mis manos.

—¡Vamos hombre! Anímate, quita esa cara apenas llegamos. —Grita en mi oído.

Arqueo una de mis cejas y luego, sin darme cuenta frunzo el ceño.

Sí. Ya estoy asqueado del lugar.

—Mira... —Señala una mesa con un tubo en el medio— Antonina. ¡¡Oh por dios!! ¿No es una diosa? ¡Madre mía! —Abre la boca impresionado.

Querrás decir... que es una cualquiera por mostrarse de esa manera.

Caray, date tu lugar mujer.

Estando se-mi desnuda lo que hará es llamar la atención de sinvergüenzas, acosadores y demás.

No tendrá derecho a quejarse después.

—Aja... —Susurro sin importancia alguna.

—Iré allá. Tú, espérame en la barra, ya te alcanzo. —Susurra sonriente el muy descarado.

—Créeme allá es donde quiero ir.

Fernando ríe a carcajadas y se aleja mientras también me alejo. Me abro paso ante la muchedumbre y cuando por fin logro llegar, me siento en el último taburete disponible. Pido un Vodka en las rocas y cuando termino mi pedido,

una dulce voz femenina tras de mí, interrumpe mi momento de paz.

—Me ganaste...

Me vuelvo hacia ella y seriamente la observo.

—¿Perdón? —Mascullo con hostilidad.

Ella señala el taburete.

—También venia por el... desde allá. —Me señala una de las esquinas al fondo de la disco.

—Pero allá hay mesas. Podías seguir tranquilamente sentada allá...

—No me gusta el olor a tabaco. Y créeme, allá no paran de fumar. Mira...

—Me señala hacia el lugar y lo observo con cautela. Cuando vuelvo la mirada hacia ella la veo taparse los oídos— ¿Me da otro coctel por favor? —Le grita sobre la música al Bartender.

—Tenga señor. —El joven me da mi trago— Si señorita con gusto, deme un segundo. —Ahora él le habla a la susodicha frente a mí.

Me giro y de un solo trago me tomo el Vodka. La joven me mira con los ojos en blanco y dejo el vaso en la barra para ponerme de pie. Saco el primer billete que encuentro en mi billetera y le pago al Bartender.

Creo que eran cincuenta o cien euros. No lo sé y tampoco me importo.

—Tómalo es todo tuyo. —Le ofrezco el taburete.

—Gracias... —La escucho susurra antes de alejarme por completo.

Capítulo 2

Me recorrí todo el club hasta que por fin encontré a Fernando después de buscarlo por más de veinte minutos, el muy descarado está rodeado como de cinco jovencitas.

Este club apesta a sudor, alcohol y tabaco, es un total asco. Estos jóvenes de hoy en día son una locura, ¿Cómo pueden soportar este tipo de lugares en vez de encontrarse en lugares sanos? Qué se yo... un buen restaurante, el cine, un parque, las playas costeras. ¡Oh, ya se! Hacer una buena barbacoa casera con tus amigos más allegados, solo las personas más cercanas.

¡Pero no! Prefieren esta inmundicia de lugar.

No me mal interpreten, el aspecto del club no está mal. Lo que lo hace asqueroso para mí, son las personas dentro.

Les aseguro que la mayoría son jóvenes adinerados, mantenidos a costa del esfuerzo y trabajo arduo de sus padres. El resto, solo son hombres casados sin oficio y siendo sinvergüenzas al estar en sitios como estos en vez de estar en su hogar, donde seguro, sus esposas los esperan con preocupada ansiedad y nostalgia, porque sus maridos "Trabajan hasta altas horas de la noche".

Señoras... si en realidad supieran donde sus maridos pasan la noche y se malgastan la mitad del dinero, ya los habrían dejado.

—¡Hasta que por fin te vuelvo a encontrar! —Dice Fernando con ironía.

¡¡Descarado!! Soy yo quien llevo veinte minutos buscándote.

—¡Ven aquí hermano! —Me toma del brazo y me aprieta en un abrazo—
Preciosas, les presento a mi mejor amigo. ¡Santiago Da' monte! Soltero, empresario y a su total disposición.

¡No me jodas! Que discreta presentación. Odio a las personas pretenciosas de su dinero. Siempre trato de mantener al margen mi posición social y económica. Y este viene a gritarla a los cuatro vientos frente a jovencitas calenturientas e interesadas.

—Cállate Fernando. —Le susurro al oído— El solo bromea. —Le digo a las chiquillas frente a mí, quienes me miran de arriba abajo como halcones a su presa.

Admito que mi apariencia no me ayuda. Me vestí como cuando suelo ir a

mis reuniones casuales con mi amigo Ricardo, y nuestro pequeño círculo de amigos empresarios a las afueras de la ciudad de Bilbao.

Una de ellas me toma la mano y se presenta ante mí con dicha y descarada insinuación.

No me creyó cuando dije que Fernando bromeaba.

—Mucho gusto... soy Macarena. —Me hace un guiño y yo me mareo.

Luego se presentan las otras cuatro y simplemente al cabo de unos minutos entro en pánico.

Comenzaron hablar del centro comercial, luego de cuando se hicieron la pedicura y no les quedo como querían y mataron la frustración yendo al spa. Etc. Etc... Mi amigo las miraba "interesado" en su conversación simplista y dentro de mí, estaba seguro que Fernando esta en plan de seducción con una de ellas.

No logro mi objetivo, **distraerlo de ellas** y que me dé su atención, al cabo de unos minutos decido ponerme de pie, haciendo que mi acción detenga la plática.

Uff, si hubiera sabido que aquel acto iba a callarlas de inmediato, hace rato que lo hubiera hecho.

—Lo siento pero debo irme. Trabajo. —Me toco el reloj con la punta del dedo. Insinuando que ya es tarde.

Fernando me apretuja contra su pecho y me susurra al oído:

—Espérate wey... me estoy ligando a Valentina.

—¿Y qué paso con Antonina? —Le reproche.

—Pos mírala. —Me señalo la mesa de enfrente.

La joven rubia está rodeada de amigas y de hombres tras su casería.

—No me quedare esperando por ella. Cuando aquí tengo a esta belleza. — Señala a Valentina.

—Fer... Debo madrugar. Tengo trabajo que hacer.

—Siempre que no trabajas, estas con Ricardo. ¿Y dónde quedo yo? No seas mamón, dame algo de tiempo. —Reprocha— ; Además, mañana es sábado!

Ruedo los ojos y resoplo.

—No me salgas con esa basura. Tú sabes que estos lugares no son lo mío desde hace mucho. Y eso no importa, mi horario de trabajo no tiene días ni fechas en el calendario.

—Sí, está bien. Comprendo en verdad... solo dame unos minutos y te

prometo nos vamos a donde tú quieras. Menos a casa.

Asiento resignado y le susurro:

—Está bien. Pero te espero afuera.

—Vale... ¡Pero no te vayas! O me...

—No me iré. —Afirmo despidiéndome de las jovencitas quienes me miran asombradas por mi inesperada partida.

—¿Ya te vas? No, pero espera... —Me habla Macarena— ¿Me das tu número?

Me quedo viéndola con seriedad y riéndome internamente, porque lo último que haría, sería darle mi número a esta casa fortunas. Aunque es la más calladita de todas, igual no me confío. Jamás lo haría de ninguna otra.

—¿Por qué mejor no me das el tuyo? —Le susurro seductor al oído.

—¿Tienes el móvil contigo? —Me pregunta y asiento— ¿Me lo das?

Frunzo el ceño y ella aclara:

—Es para anotar mi número.

— ¡¡ Ha!! —Sonrío sin ganas y le paso mi iPhone.

A los segundos me lo devuelve sonriente.

—Aquí tienes.

—Vale. —Le doy un beso en la mejilla y voy alejarme cuando ella me toma del brazo.

—¿Si llamas?

—Claro. —Le sonrío y le lanzo un guiño.

Todavía no he salido del bar, cuando ya borre su número.

Al salir me tropiezo con la chica de hace un rato... **sí, la del taburete y coctelito.**

La encuentro llorando y sobre ella dos hombres, uno reclamándole y el otro esta agresivo gritándole a ella y al otro hombre negociador.

—Ella me empujo. —Grita escandaloso— ¡Es ella quien debe pagarlo no yo!

—Señor ya cálmese y acepte el acuerdo, no está mal que lo paguen entre los dos por igual...

—Ya le explique que no fue intencional, a mí también me empujaron... ¡¡Mire nada mas como quedo mi ropa!! —Ella grita entre sollozos.

Me encuentro en medio de la acera mirando la escena con total y suficiente atención. Los de la cola para entrar al club se ríen de la situación y eso me enfurece.

¡Par de inútiles!

Sí, eso quise gritarles, pero me contuve y me mantuve al margen.

—¡Joder! Me importa una reverenda mierda si te empujaron o no canija.
¡¡Que lo pagas tú te digo!!

El tono de voz en el hombre es total y absolutamente agresivo. Fuera de lugar, esa no es la manera, ni la forma, de hablarle a una mujer.

Ya veo, que todos los hombres no fuimos educados de la misma manera. No entiendo por qué la mayoría de los españoles tienen que ser tan ofuscados o alterados.

Nací en la ciudad de Panamá y nos mudamos a Bilbao cuando apenas tenía tres años de edad. Pero nunca he podido adaptarme a los arranques que de repente, dominan a la mayoría de los hombres españoles. A pesar, de también ser español por derecho.

Mis padres ya vivían aquí pero en Barcelona cuando yo nací, pero mi padre tuvo su primera gran oportunidad empresarial fuera del país, allá, en Panamá y por eso nací de manera inesperada en dicho país, ya que mi madre creía, que volverían a España antes de mi llegada.

Siempre me advirtieron de la volátil personalidad de los españoles cuando se pasan de tragos, pero nunca pude acostumbrarme o mucho menos tolerarlo. Y eso que mi familia materna es toda española, la de mi padre son más tranquilos, provienen de Bélgica.

Dos culturas tan diferentes.

Pero este hombre... debe controlar esa boca o se la partiré en cualquier momento. No me mal entiendan, no soy problemático ni me gustan las peleas. De hecho, estoy rogando para que Fernando por fin salga del bar y podamos irnos.

Si así puedo evitar una pelea, entonces que así sea.

Y tampoco se confundan, no es por miedo, mucho menos por cobardía. Simplemente, como ya lo mencione, eso no es lo mío.

Las dos veces que pelee en mi vida, perdí el control de mí. Así que trato de evitarlo lo más que puedo cuando se presenta el momento.

Así... como este.

Aunque tampoco sería capaz de pasar por alto la situación que la chica vive y por la cual veo necesitara ayuda y estoy dispuesto a dársela, si es necesario.

—¡Por favor! Yo no tengo esa cantidad de dinero ahora mismo. —La joven

le habla al hombre negociador.

—Cariño lo entiendo y lo siento. Pero deben reponerme el vidrio que rompieron. Daña la facha de mi negocio y si los dejo ir así, quien pierde soy yo.

—Que lo pague esta...

El hombre altanero y agresivo fue a dar un paso al frente con la mano en alto, y eso basto para mí, y cuando menos lo pensé, me le interpuse en el camino.

— ¡¡ No te atrevas!! —Le atrape la mano en el aire y se la rodee con la mía, apretándole con fuerza.

Puedo sentir como mis dientes comienzan a rechistar, de lo apretados que los tengo.

Estoy furioso.

¿Este se iba atrever a golpear a la chica? ¿Frente a todos en la calle?

Jamás. Sobre mi cadáver.

— ¡¡ Quítame tus manos de encima gilipollas!! —Grita el desgraciado.

—Atrévete a tocarla y no solo no te las quitare de encima. Sino que te haré retorcer del dolor y luego te haré arrodillarte ante ella para que le supliques perdón. ¡Mierdaseca! —Le espeto con desprecio.

Mi sangre española creo que salió a flote esta vez...

El hombre negociador intercede, trata de separarnos pero no se lo permito. Le lanzo una mirada acusatoria y retrocede alzando ambas manos en modo de paz.

—Cálmense. Vamos hablar adentro, en mi oficina. —Dice al final.

—No. —Digo al mismo tiempo que el hombre agresivo.

—No iré a ninguna parte más que a mi casa. Que esa culera sea quien pague lo que ella rompió. ¡No yo!

Va a irse cuando lo detengo y le rodeo el cuello con una de mis manos y con la otra le tomo su mano izquierda antes de que intente golpearme con esta, con su mano libre intenta quitar la mía de su cuello, en vano.

Con mi rodilla le doy en una de sus pantorrillas y lo hago flexionar sus rodillas hacia delante y por consecuente, arrodillarse sobre el concreto.

—¡Le pedirás disculpas ahora! —Le exijo.

—No. —Chilla a regañadientes, pero entonces cambia de opinión cuando le aprieto más el cuello.

Solo un poco más y lo dejaría inconsciente.

Con la palma de su mano libre, me golpea el brazo y se rinde.

Aflojé mi agarre sobre su cuello y el hombre comenzó a gemir. Recuperando la estabilidad de su respiración... lentamente.

—¡Hazlo! —Le grito.

—Está bien. —Se queja— Discúlpame, no sé lo que digo... estoy algo ebrio.

Volteo hacia la joven quien mira la escena horrorizada. Enderezo mi postura y sacudo mis manos, para luego limpiarlas sobre mi pantalón y luego comienzo a estirar mi camiseta arrugada por la posición anterior.

Me vuelvo hacia el hombre negociador y espeto:

—¿Dime cuanto es lo que ella debe pagar?

—Dos mil euros entre los dos.

—No pregunte por él. Pregunte lo de ella... —Alzo la voz— ¿Entonces serian mil euros?

—Lo siento. —Balbucea— Sí, efectivamente serian mil euros.

—Te haré llegar el dinero mañana a primera hora. Toma mis datos. —Le pase mi tarjeta y volví la mirada hacia el hombre agresivo quien aún seguía de rodillas mientras se agarraba el cuello.

Lo mire de mala gana y luego volví la mirada hacia la chica, quien tenía cubierto sus labios con ambas manos. Voy alejarme cuando espeto con dureza hacia el hombre peleador:

—Que sea la última vez que le alces la mano a una mujer. Recuerda que naciste de una imbécil.

Me alejo de la escena y camino con paso decidido hasta la parada de taxis. Ya estoy cansado de esperar a Fernando y este episodio que trate de evitar, me tiene obstinado.

Me siento en la banca y alzó mi brazo para observar la hora en mi reloj.

Las 2:30 de la madrugada.

¿Qué mierdas hago aquí? Debería estar en mi casa, en mi cuarto, en mi inmensa cama durmiendo. Salí para nada... para encontrarme con esta porquería.

¡Que cumpleaños de mierda!

¿Se preguntaran porque no me picaron un pastel y no me cantaron cumpleaños feliz? Bien.

Aparte de no tener más Familiares cercanos que Ramiro. Hace mucho que

no me gusta celebrarlo, todo sucedió cuando me gradué de la universidad, al día siguiente tuve una fuerte discusión con mi padre, era mi cumpleaños y a raíz de dicha discusión mi padre sufrió un paro cardíaco, le dije que me iría de casa y enloqueció.

No pude soportarlo y desde entonces, trate de pasar desapercibido mi cumpleaños.

Mi padre y yo nos re conciliamos inmediatamente y solo un año y medio después... nos dejó.

Nunca deje de culparme por ello. Porque a raíz de nuestra gran pelea, el comenzó a sufrir problemas cardíacos. Siempre trato de negarlo, de hacerme sentir menos culpable, pero nunca pudo lograrlo.

Vuelvo a la realidad cuando la bocina del Ferrari de Fernando chilla frente a mis narices.

—¿Porque te fuiste? ¿Qué vergas haces aquí? Te dije que me esperaras afuera del club.

Me paro de la banca y camino hasta el auto, abro la puerta y cuando voy a subirme, unos gritos me detienen.

— ¡¡ Hey!!... ¡¡ Chico heroína!! —Es la chica del taburete, sí, la del «coctelito» y la rompe espejos— ¡Espera! —Ella corre hasta mí— Espera...

Vuelvo toda mi atención hacia ella y cierro la puerta del auto.

—Ya vuelvo. —Fernando asiente muy sonriente mientras Valentina aparece del asiento trasero para darle un beso en la mejilla.

La chica frente a mí se flexiona hacia adelante, apoyando ambas manos en las rodillas como si hubiera corrido un maratón. Luego veo la distancia que recorrió para llegar hasta mí y sonrío.

—¿Estas bien? —Le pregunto.

Ella niega con la cabeza y me alza la mano pidiéndome un momento.

Le toco la ventana del auto a Fernando y este la baja.

—¿Tienes agua?

—Si, en la cava que tengo en el maletero. Ya lo abro.

Veo como pulsa un botón y el maletero lentamente se abre, camino con paso firme hasta este y abro la pequeña cava de color azul y tapa blanca, saco una botella de agua mineral y en el fondo veo latas de cerveza.

Mi amigo y sus vicios de mal gusto.

Cierro la cava y luego le hago una señal para que cierre el maletero.

Regreso con la chica y le entrego la botella de agua.

—Gracias... —Susurra al recuperar el aliento.

—¿Y bien? —Suspiro murmurando.

Ella alza el rostro y nuestras miradas vuelven a encontrarse. Pude ver que... Tiene unos lindos ojos verde aceituna. Y también detalle, que esta pálida, debe ser por el maratón que se hecho para llegar a mí.

Una sonrisa se asoma en mi rostro al pensar tal cosa.

—Quería agradecerte. —Susurra— Por interceder... no tenías por qué hacerlo.

—No. No tenía por qué. —Susurro hostil.

Ella baja la mirada y hace un gesto extraño con los labios, lo cual me hizo fruncir el ceño.

¿Está frunciendo los labios? Oh...

Hace como una especie de piquito de pato o pajarito.

Eso me hizo reír y le pedí disculpas por mi hostilidad.

—No ha sido una buena noche. —Termino de decir.

—Lo comprendo. Tampoco lo ha sido para mí... —Ella se mira la ropa y a consecuencia, yo también lo hago.

Su camisa blanca esta manchada de rojo. De algún coctelito de seguro.

Ella me pilla mirándole la ropa y susurra:

—Es alguna especie de licor que alguien me hecho encima, cuando me empujaron sobre...

—¡Si ya! —Susurre al recordar al susodicho.

—Sobre el pago... —Ella murmura apenada— No tienes que hacerlo. Yo lo haré.

—No mientas. —Declaro— Escuche claramente cuando le dijiste al dueño del club que no podías pagarlo. —Le reproche.

Ella entre abre los labios y sus ojos esquivaron los míos, para luego cerrarlos por unos segundos y vuelve hacer ese gesto extraño con los labios.

Los frunce hacia el lado izquierdo y luego hacia el derecho con persistencia.

—Si bueno. Es cierto... no puedo pagarlo completo, pero si por partes. Vendré mañana y hablare con el dueño. Tratare de negociar, estoy segura que explicándole mi situación con calma y a solas del bullicio el comprenderá.

—¿Ha solas? —Arqueo una de mis cejas.

Ella abre mucho los ojos.

—¡Oh! —Suspira asustada— ¡No me mal entiendas por favor! No lo dije

en ese sentido yo solo...

Sonrío y asiento.

—Tranquila. Comprendo al punto donde quieres llegar. Todo con calma se hace mejor.

—Sí. —Ella asiente— Ha eso me refiero. Soy una persona pacifica no me gustan las confrontaciones. Creo que todo se puede negociar. Todo tiene un término.

Ladeo la cabeza mientras sonrío en total acuerdo.

—¿Eso es correcto...? —Trato de adivinar su nombre y ella capta el mensaje.

—Nathalia. —Sonríe— Nathalia Cortez.

Le extendo mi mano y ella la recibe.

—Mucho gusto Nathalia.

—¿El gusto es todo mío...?

—Ah sí... —Vuelvo a sonreír— Santiago. Mi nombre es Santiago.

Sí, obvie mi apellido. No quise mencionarlo, no lo sentí necesario.

Ella asiente y presiento que va alejarse cuando le hago una última pregunta matando la curiosidad...

—¿Así que vendrás mañana?

—Sí...

—¿Y no te da miedo volver sola después de lo ocurrido hace rato?

—No. —Enfatiza valiente y firme.

—Bien. —Sonrío de medio lado— ¿Alguien te lleva? ¿Vendrán por ti?

—No. —Susurra mientras baja la mirada.

—¿Así que andas sola? —Pregunto extrañado.

—Pues sí. ¿Qué tiene de malo? Puedo divertirme sola.

—Bueno... no dije lo contrario.

Ella sonrío y asiente.

—Feliz noche. —Dice después de extenderme su mano, la cual tomo y me atrevo a besar en los nudillos de sus dedos.

—Podemos llevarte... —Susurro sin terminar.

—No. —Dice sin chistar— Tomare un taxi. Mira... —Señala hacia la carretera— Allí viene uno.

Me vuelvo y ella suelta mi mano para alzar ambas al aire llamando la atención de uno de los taxis que se disponía a llegar a la parada.

Ella se vuelve hacia mí.

—Vez... —La escucho decir muy suavemente y su sonrisa, esa sonrisa en particular, es lo último que veo antes de verla partir.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, me encuentro en mi empresa y al salir de una reunión a las nueve en punto. Mando a llamar con mi secretaria, algunos de mis hombres de albañilería para hacerles llevar un pedido.

No solo pague los mil euros que Nathalia debía pagarle al dueño del club. Sino que en la noche hice un pedido, si el espejo. Hice que me lo trajeran desde Baracaldo, otro municipio de Vizcaya esta misma mañana y me fue dejado aquí, en uno de los depósitos de la empresa a las siete en punto.

Al salir de mi reunión, ordene a mis hombres llevarlo al club e instalarlo.

A eso del mediodía, me encuentro almorzando solo en mi oficina y recibo una llamada al teléfono de la misma.

—¿Si? —Le hablo despacio a mi secretaria para ocultar que hablo con la boca llena.

—Señor tiene una llamada en la línea dos. Le informe a la joven que usted está ocupado, pero ella quiere hacerle saber que es importante, le cito exactamente como ella lo ha dicho. «*Dígale que si no lo fuera, (importante) No le interrumpiría su valioso tiempo*».

Me atragantó con lo comida de la risa por lo escuchado y comienzo a toser.

—¿Se encuentra bien señor?

Cuando recupero el aliento, después de tomarme un trago de vino, susurro:

—Si Marcela, estoy bien. —Me aclaro la garganta y pregunto— Por favor... dígame. ¿Quién llama?

Ya puedo presentir quien lo hace... y créanme. Aun no comprendo cómo puedo imaginar tal cosa. Pero si fuera cierta, me sorprendería totalmente.

—Su nombre es... deme un segundo. Lo anote por aquí. —La escucho sisear hasta que da con el papel. Lo sé cuándo la escucho exclamar un «**Bingo**» con entusiasmo— Nathalia Cortez señor.

Tiro la cuchara de metal sobre el plato y recuesto mi espalda sobre el respaldo de la silla.

El «**Bingo**» que Marcela exclamo hace unos segundos, ahora yo lo exclamo mentalmente.

—Comunicámela —Declaro con seriedad en mi voz— Y no me pases más llamadas, por favor. No quiero interrupciones.

—Sí señor Da' monte. En un segundo se la comunico.

—Gracias.

Alejo el teléfono de mi oído y al segundo, veo una de las luces titilar en rojo y en la línea central. La número uno.

—Buenas tardes Nathalia. —Hablo primero antes de que ella pueda hacerlo y puedo escucharla suspirar tras la línea.

—Santiago... —Se calla por un minuto, lo supe por que pude contarle con exactitud a través de mi reloj— ¿Por qué hiciste eso? Te dije que hablaría con él.

Sonrío a mis adentros y respondo con severidad.

—Porque puedo y está claro que tu no.

Eso sonó muy prepotente de mi parte. Ya estoy arrepintiéndome.

La escuche aspirar con fuerza. Cerré los ojos y pude imaginarla completamente, anonadada e impactada ante mi atrevida y severa respuesta. Tan cruda y directa.

La escucho suspirar con rendición y al cabo de unos segundos más tarde, susurra:

—¿Podemos negociar? —Me habla con un tono de voz suave y conciliadora.

—¿Negociar? —Sonrío ante su ocurrencia.

—Si... esto no está bien. Déjame pagarte lo que has hecho. Negociemos...

—Balbucea— Como sería el método de pago.

¿Así que está nerviosa? ¿Tal vez la intimide? ¿O tal vez me tiene miedo?

Sea como sea. No habrá negociación alguna, jamás la haría con una chica de obvias carencias como ella.

Vamos, no me odien. No digo que sea pobre, no sé cómo sea su estilo de vida, ni su clase social.

Yo no me fio de eso con las personas, no es lo que me interesa, cada quien es lo que puede ser y al fin y al cabo, su estilo de vida no debe ser tan malo como para que anoche estuviera en el club más top de Bilbao. Pero estoy seguro, que tampoco es una chica de dinero.

Así que jamás le haría pagarme mil euros de contado. Mucho menos por partes, pero supongo, que ella me dará batalla.

¿Debería hacer algo al respecto?

—¿Santiago? —Su voz me trae de vuelta a la realidad— ¿Estas allí?

—Sí. —Le respondo de inmediato— ¿Decías? —Me hago el desentendido.

—¿Cuál sería el método de pago? ¿Te parece bien si nos vemos esta tarde y lo discutimos? Claro... —Agrega rápidamente— Si puedes.

Escucharla decir eso, me hace reír a carcajadas. La escucho resoplar del otro lado y cuando ya la euforia me abandona, me hago el pensativo e muy importante.

«Más de lo que realmente soy» Cabe acotar.

Pero en estos momentos, solo quiero bromear, ya que siento que ella siente, que todos los hombres de dinero son iguales.

Y no es así...

—Déjame checar mi agenda.

Alejo el teléfono de mis labios y lo cubro con la palma de mi mano izquierda para que ella no pueda escuchar nada, antes de poner la llamada en espera y me río a carcajadas.

¿Con que acaso piensa que soy ese tipo de hombres adinerados y prepotentes?

Tal vez se lo hice sentir... no. Trato de evitar restregar mi estilo de vida ante los demás.

Ya les mencione que no me gusta ser pretencioso con lo que tengo.

Vuelvo en si cuando me hago la pregunta del millón.

Pulso el botón y vuelvo a pegarme el teléfono al oído.

—¿Nathalia?

—Hasta que... —Se calla y ríe por lo bajo— Disculpa quise decir... ¿dime?

Sin darme cuenta me encuentro con el ceño fruncido. Y mis dientes chocando entre sí de forma zig zag.

—¿Cómo obtuviste mi numero?

—¡Ha! Eso... —Suspira— Fue fácil, cuando tu equipo «**Gigantesco**» —Acentuó la palabra— Llegaron al club yo también lo hacía. El dueño, León Ponce, salió eufórico de la emoción al ver que tus chicos instalaban el espejo y le vi la tarjeta en las manos. Esa misma... que le diste anoche. Luego escuché claramente, como uno de los trabajadores le decía a León que este envío lo hacía; Santiago Da' monte y confirme mi teoría.

La escuche con atención y me reí de su «teoría» tan acertada e imaginativa.

—Bien... aceptable. ¿Y te dio mi tarjeta así? ¿Sin chistar?

—No... Pero si quieres puedo contarte el resto en persona. Por favor, dime si puedes esta tarde o el día que estés disponible. Para pedir permiso en mi trabajo con antelación.

—¿Nathalia?

—¿Si?

—¿Me das tu número telefónico para confirmarte en una hora si puedo verte esta tarde?

Excusas... yo solo quiero su número y alargar la situación.

—Está bien... ¿tienes para anotar? —Al segundo de decir eso ella se ríe y más atrás la sigo— Claro... por supuesto que tienes donde anotar.

—Estas en lo correcto. Te escucho.

—Es +94 5060...

Anoto el número con atención y le hago repetirlo para confirmar que no haya ningún error.

—Lo tengo. —Le anuncio.

—Bien.

—Te llamare pronto.

—Está bien... gracias. —Susurra esto último antes de finalizar la llamada.

Voy a tomar mi teléfono para anotar el numero en él, antes de perder el papel y tropiezo sin querer mi mano con la copa de vino y lo poco que quedaba de este, se esparce por gran parte de mi escritorio y si, sobre el papel donde tenía anotado el número de Nathalia.

— ¡¡ Joder!! —Exclamo con furia y me paro de la silla.

Agarro el papel y comienzo a soplar tratando de secarle en vano. El vino tinto borro la mitad del número anotado.

Trato de hacer memoria y anoto con insistencia varias veces el número, pero no es el mismo y no doy con ella cuando llamo al "numero" que rearme y que al final, ya he olvidado gracias a la desesperación.

De repente una luz se asoma al final del túnel y me comunico con mi secretaria.

—¿Señor?

—Marcela. Consigue el número de donde me ha llamado la señorita Cortez.

—Ya verifico señor Da' monte.

Espero unos segundos y...

—Llamo de un teléfono público señor.

—Me lleva... —Golpeo el escritorio con el puño de mi mano y me siento resignado en la silla— Gracias Marcela. Por favor suspende todas mis citas de la tarde, sin excepciones.

—Pero señor... —Duda— ¿También la del alcalde?

—Mierda... —Resoplo— ¿A qué hora es?

—A las 14:00. En una hora exactamente. En el restaurante «Doña Begoña». El señor Ricardo también confirmó su asistencia.

Me paso la mano por el pelo, cierro los ojos y asiento resignado.

—Está bien. Vuelve a confirmarme. —Voy a colgar cuando... — ¡Marcela!

—¿Si señor?

—Haz venir a la joven de servicio, se me derramo la copa de vino en el escritorio. Y por favor, vuelve a imprimir los documentos del contrato con la empresa licorera y también los de la cadena Hotelera Vizcaína, porque todos se han mojado. Enviármelos con el mensajero Ernesto a mi casa, por favor.

—Si señor con gusto.

Me pongo de pie, tomo mi saco y antes de salir de la oficina me miro en el espejo de cuerpo completo que tengo en el baño. Acomodo mi corbata y mi traje colocando los botones en su respectivo lugar.

Salgo de mi oficina y al salir, me despido de Marcela al pasar por su pequeño cubículo, el cual está al lado de mi oficina.

—¡Que tenga buen día señor y mucha suerte! —Le escucho gritar.

— ¡¡ Gracias!!

A las dos en punto, mi chofer me deja frente al restaurante «Doña Begoña». Y mi vida como hombre empresarial me absorbe de la realidad hasta las cinco de la tarde.

La reunión se alargó más de lo debido y cuando salí del restaurante.

Estaba más que cansado.

¡¡Dios!! Me dolía el trasero, de tanto estar sentado en dicho lugar.

Cuando llegue a mi casa, perdí la noción del tiempo y me quede profundamente dormido.

Me desperté de un sobresalto a mitad de la madrugada. Veo la hora en el reloj que está en mi mesa de noche, al lado de mi cama y eran las cinco en punto.

Había soñado con mi padre.

Al ponerme de pie, fui al baño hice mis necesidades y por último, me cepille los dientes. Al volver a mi habitación, camino hacia el balcón y abro la puerta corrediza de par en par. Afino ambas manos sobre las barandillas y lo primero que llega a mi mente es...

—¡Nathalia!

Joder... la he dejado plantada. Esperando una llamada que nunca llego.

¿Que estará pensando de mí?

Definitivamente, pensara que soy un hombre de negocios prepotente y engreído. Ahora sí que no tengo dudas y mucho menos ella. De pensar tal cosa.

Más tarde llamare a Mike, mi investigador privado y haré que dé con su paradero. Como puede que también me aparezca en el club. Capaz... y ella vaya esta noche...

Ya va... un momento. ¡Hoy es domingo! ¿Joder, lo abrirán hoy?

Rayos... que mala suerte tengo.

No pude volver a conciliar el sueño. No podía dejar de pensar en Nathalia y lo que ella pensara de mi persona. Que estúpido estoy siendo, lo sé. Totalmente lo sé. Pero no quiero que se quede con una imagen errónea de mí.

Al cabo de una hora, baje a mi oficina y me encerré allí, hasta ver la puesta de sol adentrarse por las grandes ventanas de la biblioteca. Cerré mi laptop después de enviar y revisar unos correos y subí a paso lento hasta mi habitación.

Tome mi teléfono móvil y le marco a Mike, el al segundo tono me contesta.

—Buenos días joven Santiago. ¿Cómo va su domingo?

—Buenos días para ti también Mike. Todo va excelente. —Suspiro mientras miento tan descaradamente.

—Me alegro por usted ¿En qué puedo ayudarle?

—Disculpa que interrumpa tu día de descanso, pero necesito con urgencia los datos de una persona.

—No se preocupe, estoy para servirle. Por favor, dicte el nombre de la persona que desea le encuentre.

Asiento lentamente y frotándome la frente con la punta de los dedos, me siento en la cama.

—Nathalia Cortez.

—¿Tiene algo preciso que pueda ayudarme a identificarla? Porque ella no será la única con ese nombre en la ciudad. ¿Si me explico? —Pregunta con atención.

—Si, por supuesto que entiendo. Si te refieres a fotos, no. No tengo fotos de ella... tampoco su número telefónico, de hecho, lo perdí y es por eso que quiero dar con ella.

—Entiendo.

—¿Te sirve si te la describo? Ya sabes... su rostro.

—Se lo agradecería joven. Eso es todo lo que necesito.

Al finalizar la llamada, me fui al baño, prepare la tina con agua intermedia y me bañe a todo placer.

Mi día transcurrió rápido y con gran normalidad. Monótono como siempre...

Cuando se hicieron las siete de la noche, llame a mi amigo Fernando.

— ¡¡ Qué onda hermano!! ¿Cómo estás? —Pregunta con gran entusiasmo.

—Bien... ¿tu día como estuvo?

—Excelente. Debo confesarte... me he enamorado. Y esta vez lo digo en serio.

Claro y las otras quince veces también lo dijo en serio.

—¿Así que todo con Valentina salió bien?

—Maravilloso. No te imaginas... ¡¡Es una diosa!!

Sonríó con ironía y leve sarcasmo.

—Fernando te llamo por una razón...

—Cuéntame.

—¿Sabes si el club estará abierto hoy domingo y a estas horas?

No obtengo respuesta y eso me hace fruncir el ceño.

—¿Fer?

—Espera y checo en su página de IG.

¿IG? ¿Y que se supone que es eso? ¿Una red social? ¿Cierto?

Vuelve hablarme segundos más tarde.

—Pues hermano... no sabría que decirte. Aquí no dicen nada. Yo presiento que no.

—¿Seguro?

—No. —Ríe.

—Idiota.

—¿Y para que quieres saber? ¿No se supone que el lugar era de lo peor?

—Suspira— ¡¡Ah ya se!! ¿Quedaste en verte allá con Macarena? ¿Si la llamaste verdad? ¡¡Amigo esta buenísima!! Es la chica ideal para ti.

—Claro... Lo sería si quisiera quedar en banca rota.

Lo escucho reírse.

— ¡¡ Vamos!! No seas tan pesimista y agua fiestas. No creo que sea de esas... además, se veía muy interesada en ti.

—Sí, y en mi dinero también. No creas que no detalle cómo me observaba. Es una avariciosa.

—¿Entonces por qué tanto interés repentino por el bar? —Lo escucho aspirar por la boca con fuerza y luego habla exaltado— ¿No me digas que es por la chica de cabello largo y bellos ojos de color aceituna?

Sonríó complacido al recordarla y no me di cuenta que aguardaba silencio. Haciéndole confirmar a Fernando, que era exactamente por ella.

—¿Te acompaño al club y averiguamos juntos?

—No. —Niego frenético— No te preocupes. Preferiría ir solo, pero cualquier cosa te aviso.

—Vale...

La llamada finaliza y me visto de manera más adecuada para ir al club. Conduzco a toda velocidad y al llegar, efectivamente, está abierto.

Me sorprendí.

Me adentro al lugar y pregunto por el dueño y me informan que ha salido. Camino hasta la barra, pido un «Coctelito» con ironía y espero... pero ella nunca apareció. No sé por qué tuve la remota y estúpida idea, de que lo haría.

Volví a mi hogar antes de la media noche.

Durante toda la madrugada, comencé a torturarme mentalmente y a imaginar que no la volvería a ver. Que no daría con ella nunca más, porque estaba claro de que ella no volvería a contactarme si piensa que soy un engreído siniestro.

No sé por qué sigo torturándome por ello.

Al día siguiente... a eso del mediodía, del Lunes, 2 de octubre. Mike, mi investigador privado, me llama a la oficina y eso, solo ocurre cuando ha encontrado algo.

—Buenas tardes joven Santiago.

—Buenas tardes para ti también Mike. ¡Dime que me tienes buenas noticias!

—Sí señor. Se las tengo, lo llamo para avisarle que estoy de camino a su oficina.

—¡Perfecto! —Exclamo con verdadero entusiasmo— Desde este momento, tu pase espera por ti en recepción.

—Gracias señor.

Al cabo de veinte minutos más tarde, Mike aparece en mi oficina y toma asiento en una de las sillas frente a mi escritorio.

Tira sobre este un sobre amarillo y yo solo puedo mirarlo fijamente y con seriedad.

Saca del bolsillo de su chaqueta una fotografía y me la deja en el escritorio junto al sobre.

—¿Es ella cierto?

Tomo la fotografía y asiento con la cabeza. Afirmando a su pregunta.

Era una foto donde solo salía su rostro.

Nathalia se veía preciosa. Su piel tan blanca y reluciente como la porcelana... pero esos ojos, color aceituna. ¡ Rayos! Eran la tentación más divina jamás vista.

Era... afrodita.

Tenía lo suyo la chiquilla.

—Bien... en el sobre tiene todos los datos correspondientes. Vea por usted mismo joven.

Agarro el sobre amarillo con notable curiosidad y frunciendo el ceño lo abro lento y calmado.

Lo primero que veo es una copia de su número de identificación, luego fotos de ella en su trabajo. Resulta ser que es mesera de medio tiempo, en un pequeño restaurante no muy lejos de aquí.

También trabaja para el periódico local, en el área de redacción, por las tardes.

¿Así que redacta artículos? Interesante...

Nathalia era una caja de sorpresas fascinante.

Saco algunas fotos más y por último, un papel con todos sus datos personales; dirección, número telefónico, número de seguro social etc...

Alzó la vista y una media sonrisa se asoma en mis labios.

—Gracias Mike. Siempre tan eficiente. —Saco de una de mis carpetas un cheque y lo veo abrir los ojos.

—Señor...

—Ya se lo que dirás. ¡¡Tómalo!! Y no acepto un no por respuesta. — Afirmo con rudeza— Solo es un pago extra por hacerte trabajar en tu día libre.

Dos mil euros, no son nada para mí... y él se lo merecía. Lo moleste en su día de descanso. Por supuesto que lo recompensaría.

Mike se pone de pie y le sigo. Me extiende su mano y estrecho la mía junto a la suya en un gran apretón. Acepta mi cheque y despidiéndose con sincero agradecimiento, sale de mi oficina.

Considero ir al restaurante donde Nathalia trabaja por largos minutos, pero al final desistí. Eso sería muy abusivo, acosador y obvio de mi parte.

Así que deje pasar el día con tranquilidad e idee un plan mejor.

La llamaría mañana a primera hora y le pediría disculpas por el plantón y así, cambiaría la mala imagen que ella debió idealizar de mí. Repondré la falta y la voy compensar.

Lo tengo todo bien planeado.

Bajo control.

Capítulo 4

Hoy es martes, tercer día del mes de octubre. Son las siete de la mañana y ya me encuentro en mi oficina.

Llegue primero... antes que todo el personal. La hora de ingreso establecida es a las siete y media.

Pero llegue temprano por una razón.

Sí, Nathalia.

Ayer fui bien precavido y meticuloso. Lo pensé y analice todo.

Además, lo primero que hice cuando Mike, mi investigador privado salió de la oficina, fue guardar en mi teléfono, el número de Nathalia.

Hoy la llamare. En una hora.

Pero ya estoy ansioso, quiero hacerlo de inmediato pero debo esperar. Ser paciente.

Lo que me tiene ansioso es que... Sigo torturándome por lo que ella pueda estar pensando de mí.

Y a estas alturas, vuelvo a preguntarme.

¿Por qué debería importar lo que ella piense de mí? Con que a mí me conste, que yo no soy lo que ella piensa. Basta. ¡¡Debería bastar!!

Pero no, por lo visto mentalmente me pesa, que alguna cierta personita piense de una manera tan errada de mí.

Sin darme cuenta, ya faltan diez para las ocho. El tiempo paso volando y ya todo mi personal anda de un lado a otro trabajando. Haciendo sus respectivos deberes.

Durante esos diez minutos que faltaban para las ocho. Me tome el atrevimiento de investigar el dicho restaurante donde Nathalia trabaja de mesera.

Se llama «**Bilbao Food**»

Y descubrí, que ya he comido en dicho lugar y que además. Lo mejor de todo, conozco al dueño.

Me extraño no haberla visto antes. Aunque luego recordé, que hace mucho no como en ese lugar. Diría que hace tres meses.

Me he ocupado tanto en mis cosas, que mayormente almuerzo o desayuno

aquí en la empresa o sino, en mi otra oficina, la de mi Editorial.

Abro mi laptop al recibir un nuevo correo y me he distraído revisándolo con atención.

Es una nueva propuesta para que mi empresa invierta, en una nueva y pequeña compañía que inventa nuevos prototipos de ahorro de energía solar.

El proyecto me intereso tanto y el tiempo paso muy rápido, que perdí la noción de la hora sin darme cuenta. Es que quede tan inmerso ante la propuesta, que cuando por fin volví en sí y detallo la hora, son más de las diez de la mañana.

—Mierda...

Sin perder más tiempo tomo con rapidez mi teléfono y le marco a Nathalia pero me manda a buzón.

—¡Joder! —Exclamo con frustración.

Apoyo mi mentón en ambas manos y me quedo pensando.

—¿Y si voy al restaurante? —Susurro— ¿Y me hago el sorprendido de verla allí? ¡No! —Niego con la cabeza.

Vuelvo a tomar el teléfono y le marco de nuevo.

Si esta vez me vuelve a mandar a buzón, entonces no lo pensare más e iré al restaurante.

Pero cuando pienso que ya no va contestarme y estoy a punto de alejar el móvil de mi odio, la escucho hablar.

—¿Bueno?

—Nathalia...

Silencio. No obtengo respuesta. ¡¡Lo sabía!! Sabía que ella estaría enojada conmigo, que estaría pensando lo peor de mí.

—Lamento... —No me dejes terminar.

—Hola Santiago. No hay problema... disculpa pero ahora mismo estoy en el trabajo —Su voz es baja, en susurro— Y si me descubren hablando por teléfono...

—Comprendo. —Afirmo con rapidez— Solo dime... ¿Puedo verte al medio día?

—He... —Vuelve a callar.

—¿No puedes? —Le pregunto— ¿Entonces dime cuándo?

—Lo siento. Debo colgar, viene mi jefe...

Y se cae... la llamada finaliza.

¡A la mierda, claro que iré!

Por supuesto que iré a ese restaurante.

Para mi fortuna, hoy decidí vestir de manera informal. Salí tan apresurado esta mañana de casa, que no me di cuenta de ello.

Sí, últimamente no me doy cuenta de nada.

Me puse mis mejores vaqueros. Son negros, de Marco polo. También visto una camisa de vestir blanca, y unos zapatos negros, por último, una chaqueta de cuero sintético de un color gris y de cuello y mangas negras.

Sí, me gusta el color negro.

Guarde mi teléfono en el bolsillo interior de mi chaqueta, verificó que he dejado todo en orden, tanto en mi escritorio como mis pertenencias personales en su lugar y salgo de mi oficina.

Le anuncio a mi secretaria mi partida, que cancele todos mis pendientes del resto del día y salgo de mi empresa. Decido no llamar a mi chofer e irme caminando hasta el restaurante, que solo está a tres calles de la oficina.

Cuando llego, soy recibido por la recepcionista y como cliente frecuente que alguna vez fui y amigo del dueño, me dan una mesa sin problema alguno. La recepcionista pretenciosa me anuncia:

—Tenemos disponible la mesa que tiene la mejor vista del centro de la ciudad, si gusta...

—No gracias. De hecho, quisiera la mesa más discreta.

¿Ya he dicho que no me gusta ser pretencioso? ¿Ni restregón?

Bueno. Lo reafirmo.

Observo con cautela hacia todas partes, **sí**, la busco. Busco a Nathalia con la mirada, pero no la encuentro.

Antes de retirarse y de yo tomar asiento en la mesa, la recepcionista me anuncia:

—Espere un segundo señor Da' monte, ya lo atenderán.

Asiento y cuando la recepcionista comienza andar, la llamo de regreso.

—Quisiera por favor, que la persona que me atienda sea Nathalia Cortez. ¿Trabaja ella aquí cierto?

Me hago el desentendido, el que no sabe que ella trabaja aquí y veo a la mujer de unos treinta y cinco años fruncir el ceño y lentamente asiente.

—Sí, ella trabaja aquí. Pero creo que su turno ha terminado señor... déjeme y verificó, y si aún está disponible hago que lo atienda.

—Gracias... por favor sea discreta y no le anuncie mi presencia. —Le lanzo un guiño y ella entiende mi mensaje.

Abro la carta del menú y me quedo leyendo... decidiendo que pediré. Y si es que lo haré realmente.

Cuando ya tengo en mente lo que planeo pedir... bueno, ya entienden. Escucho su deliciosa voz.

—Buenas tardes joven. Sea bienvenido a «Bilbao Food» ¿Que desea pedir?

No me había dado cuenta, pero la carta me cubría el rostro. Por eso ella aún no se había percatado quien era la persona tras la carta.

Una sonrisa aparece en mi rostro y pensamientos bromistas saltan de un lado a otro por toda mi cabeza.

Me pase la lengua por los labios y me aguante una carcajada.

—Quisiera una lasaña de berenjena a la parmesana y un «coctelito» de fresa por favor.

Cuando cierro la carta lentamente, ladeo la cabeza hacia un lado y la veo directo a los ojos. Simplemente, me encuentro apretando los labios con fuerza, para no soltar una carcajada al ver su estado de sorpresa.

Ella tenía los ojos abiertos de par en par, y se cubría la boca con la palma de sus manos.

Sin poder evitarlo más, una sonrisa sale de mis labios y cuando por fin sentí que podía hablar sin reírme por su reacción, lo hice.

—Hola Nathalia. ¿Cómo estás?

Ella deja de cubrirse los labios y colocando las manos en jarra en ambas partes de su cintura, exclama furiosa:

— ¡¡ Santiago!! —Oh oh— ¿Qué haces aquí?

—No podías hablar por teléfono, así que decidí venir. —Murmuro inocente— ¿Qué tiene de malo?

—¿Como que tiene de malo? —Susurra exasperada— ¡Este es mi lugar de trabajo! No puedo hablar aquí. ¿Cómo pudiste? —Suspira y luego pone los ojos en blanco— ¿Cómo sabes que trabajo aquí?

—Nathalia... esta villa es muy pequeña ¿ Sabías? —Sonrió y ella frunce los labios.

—Bueno... Pero... ¿Porque no llamaste el otro día? ¡Hoy me es imposible! Tengo otro trabajo al salir de aquí. —Susurra de manera acusatoria.

—Por eso vine. Para explicarte el por qué no llame.

Ella frunce los labios de nuevo y luego se abraza a si misma al cruzarse de brazos.

—No tienes nada que explicarme. —Susurra en un hilo de voz— Yo comprendo, eres alguien muy ocupado e importante y todas esas cosas... — Dice con ignorancia y pone los ojos en blanco— Pero yo también, tengo cosas que hacer y lo siento pero ahora no puedo atenderte. Puedo perder el trabajo si me ven hablando con los clientes. —Ella mira hacia los lados.

—No. —Susurro con firmeza— Te aseguro que no lo perderás.

Levanto mi brazo y miro la hora.

—Son las 13:00 en punto. Ha terminado tu medio turno. —Le sentencio.

—¡Santiago! —Exclama con asombro.

—¿Qué? —Sonrío inocente— Por favor, deja de estar enojada y acepta almorzar conmigo.

Veo como abre los ojos impactada.

—¿Qué? ¡Estás loco! —Grita en un hilo de voz— Ya te dije que no puedo... ¡¡ Aquí trabajo!!

—¿Y eso que importa? En estos momentos ya no trabajas. Tu medio turno ha terminado. Por lo tanto, puedes comer aquí libremente. Además, soy yo quien te está invitando.

—Pero...

—Por favor... deja esa libretita. Y toma asiento... vamos, siéntate conmigo.

Me pongo de pie, le quito la pequeña libreta de las manos y le ruedo la silla, en vista de que ella sigue fuera de foco, la tomo de los hombros y la ayudo a sentarse. Dejo la libreta en una mesa continua que está vacía y me siento de nuevo.

—Ahora... mientras esperamos al nuevo camarero que nos asistirá. —Me aclaro la garganta— Hablemos de los mil euros que me debes. —Le sonrío con ironía.

Ella entre abre los labios al mismo tiempo que sus ojos también se abren. La veo tomar aire con fuerza y mi postura ahora es seria, coloco ambos brazos sobre la mesa y entrelazo mis manos.

Estoy en modo negocios.

¿Esto no era lo que ella quería? ¿Negociar? Entonces... negociemos. Y para negociar, soy muy bueno, meticuloso, cauteloso y por lo tanto... **serio**.

Sí, con todas las O' al final.

Así no lleguemos algún acuerdo. No me importa, voy aparentar que negociaremos. A fin de cuentas, eso es lo que ella quiere. Entonces, es lo que haremos.

—Y bien... te escucho.

Ella se aclara la garganta y baja la mirada. La veo entrelazar los dedos y luego jugar con ellos.

¿Porque esta tan nerviosa?

Saberla ansiosa me intriga. Me da ansiedad a saber más... pero debo ser paciente. Cauteloso.

—Mmm... Quisiera negociar... —Hace una pausa y vuelve a mirarme— El método de pago. ¿P-puede... ser en dos partes? —Pregunta apenada y la veo tragar con fuerza.

Poso el mentón entre mis manos entrelazadas y la miro pensativo.

Por supuesto que no. Nathalia, no aceptare ningún método de pago, es obvio que no puedes pagarme así de fácil.

Si la ayude fue por que quise, nadie me obligo hacerlo. No quiero que me pague, no es eso lo que busco, ni mucho menos lo que necesito.

Simplemente hice, lo que otra persona de buen corazón habría hecho.

—¿Santiago? —Me llama con voz tímida.

—¿Mmm? —Murmuro indiferente.

—¿No dirás nada?

Me muerdo la parte interna de mi labio inferior y cuando entre abro los labios para hablar, aparece el dueño del restaurante.

Luis Carlos Baltra.

Se sorprende cuando me ve sentado junto a Nathalia en la mesa, pero sonrío un segundo más tarde cuando me pongo de pie.

—¡Santiago Da' monte! ¡Qué maravilla volver a tenerte por aquí! —Me abraza con entusiasmo sincero— Una de mis empleadas me aviso de tu presencia y decidí venir a saludarte, no lo podía creer.

—¿Cómo estas Luis? Ya me hacía falta volver... la comida de este lugar es asombrosa.

—¡Ni que lo digas! Es un honor escucharlo de ti. Muchas gracias.

Nathalia se pone de pie y la cara de espanto que se gasta me hace sonreír. Presiento que va hablarle a Luis para disculparse, pero me adelanto.

—Quiero disculparme contigo por robarme a una de tus empleadas. — Sonrío y Luis me devuelve la sonrisa cómplice— Pero ya su turno había acabado y la invite almorzar, ella y yo tenemos un tema importante pendiente por discutir. ¿No hay problema verdad?

Luis levanta ambas manos como símbolo de paz mientras niega con la

cabeza. Entonces asiento mientras me acerco a Nathalia para darle un casto abrazo.

—Te lo agradezco. Ella está asustada, porque no quiere perder su trabajo, pero ya le aseguro que eso no sucedería.

Luis Carlos se ríe a carcajadas.

—¡Por supuesto que no Nathalia! ¿Cómo se te ocurre? No te preocupes, eres una de mis mejores empleadas. Por no decir la mejor. —Se acerca y susurra— Pero no lo ventiles, porque no quiero que las otras se molesten y no me vengan a trabajar.

Nathalia asiente y sonrío tímida.

—Bueno, los dejo. Ya les mando a Katie para que los atienda. —Luis se vuelve hacia mí para estrecharme las manos con un fuerte apretón el cual le devuelvo— ¡¡Bienvenido de vuelta Santiago y no te pierdas!!

—No lo haré. —Sonrío— Gracias Luis... estamos en contacto.

—Por supuesto. Estás en tu casa...

Se despide alzando la mano y desaparece adentrándose nuevamente por la puerta de donde salió.

Vuelvo a tomar asiento después que Nathalia lo hace y me quedo observándola en silencio.

Una camarera aparece de la nada y logra sacarme del momento tranquilo en el que estaba, para tomar mi pedido.

Cuando la chica ve que Nathalia es quien está sentada frente a mí, la veo fruncir el ceño y luego la mira de mala gana, **eso me molesto**.

Pero no dije nada.

—¿Que vas a pedir Nathalia? —Le pregunte con ternura.

Ella me mira con recelo y pena al mismo tiempo y se encoge de hombros.

—¿Te molestaría si pido por los dos? —Le pregunto con suavidad.

—No... —Susurra por lo bajo.

—Bien. —Le entrego la carta del menú a la camarera y con voz ronca solicito— Quiero de tomar el mejor vino tinto que tengan. —Veo como la camarera abre los ojos como platos y Nathalia hace unos gestos con las manos, los cuales ignoro.

—¿La botella señor? Solo así... —No la dejo terminar.

—Sí. Por supuesto. Quiero la botella... completa. Con todas esas cosas y etc. —Le hablo hostil.

Pude ver como Nathalia se cubrió el rostro con una de las manos tratando

de ocultar una sonrisa. Y dentro de mí, sonrío.

Termino de hacer el pedido y la camarera se va echando chispas.

Río a carcajadas cuando la veo desaparecer y Nathalia por fin se ríe como tanto aguanto y quería hacer.

—¿Desde cuándo te llevas mal con ella? —Mi pregunta la toma por sorpresa.

—¿Porque lo dices?

—Porque no nací ayer Nathalia, pude notarlo. Esa jovencita no te pasa. Le caes del hígado.

La veo encogerse de hombros y hace un puchero por breve tiempo.

—¿Hace cuánto que trabajas aquí? —Pregunte con notoria curiosidad.

Le pedí a Mike que no profundizará en su investigación. Tampoco quería saber cuánto tiempo Nathalia llevaba en sus trabajos. Solo quería su número de teléfono y dirección.

Pero si hubiera querido, sabría hasta cuanto ella gana en este lugar.

Lo cual deduzco, no será la gran cosa.

—Casi tres meses. —Susurra con firmeza.

Claro... por eso no la había visto antes. Ese es casi el tiempo que llevo sin frecuentar este lugar.

—Entiendo. —Asiento al momento que vuelvo a entrelazar mis manos— Entonces Nathalia... ¿En que habíamos quedado antes de que Luis Carlos apareciera?

— ¡¡ Oh!! —Ella suspira mientras al mismo tiempo asiente levemente la cabeza— Si, te decía... ¿Si aceptas que te pague en dos partes?

La camarera aparece con el pedido y tras de ella viene un chico, un camarero con la botella de vino en una pequeña y linda mesa licorera.

Pero que rápido...

Cuando está todo listo y bien servido, por fin los dos se marchan y nos dejan a solas.

Pude detallar, mientras el joven nos servía el vino, como miraba a Nathalia. Supe inmediatamente que algo sucedía allí. Aunque ella, no le devolvió la mirada en ningún momento.

Para mi fortuna, ella solo tiene ojos para mí. Y para el suelo... claro.

Es que sigue tan nerviosa.

Trata de esquivarme la mirada lo más que puede. Y sigo preguntándome el porqué de ello...

Tal vez... no.

Nada de eso Santiago.

Pero... ¿porque no puede sostenerme la mirada por más de cinco segundos? Y cuidado si es mucho, tal vez por menos tiempo. Pero es que para mí, son eternos segundos.

Tal vez la intimide.

—Creo que le gustas a ese chico. —Murmure.

Ella abre mucho los ojos y me mira consternada.

—¡Santiago! —Suspira— ¿ Podemos hablar del verdadero motivo por el cual estas aquí?

—Claro... —Asiento sonriente— El motivo eres tú.

Ella palidece y por un segundo también yo.

¿Que he dicho? ¡Mierda!

Trato de corregir mi imprudencia.

Aunque eso... mentira no es.

—Quiero decir... nuestra negociación. La que tú sacaste a colación.

—¡Ha! —Ella suspira aliviada y al mismo tiempo con pesadez— Debo ir al baño, disculpa, ya vuelvo.

Esta negociación cada vez se alarga más.

No comprendo. Rio mentalmente, porque eso, nunca me había pasado.

Se pone de pie y a consecuencia, yo también. Pero antes de darme la espalda, la tomo del brazo...

—¿Podrás perdonarme lo del sábado? No quiero que pienses... —Le susurro muy cerca de su rostro y el silencio se apodera de mí, de los dos, nuestras miradas se encuentran con tanta persistencia e intensidad, que siento y delirio.

No sabía, juro que no había notado lo cerca que estaba de su rostro y de toda ella hasta ese preciso momento, cuando le rozo la mejilla con la punta de mi nariz.

Mi mano en su brazo comenzó a sudar y pude sentir, a través de su piel, como el pulso de Nathalia se aceleró.

Oh diablos...

Ella logra zafarse de mi agarre y desaparece de mi vista en solo segundos.

Me doy la vuelta y una maldición estruendosa y ronca sale de mí. Vuelvo a tomar asiento y tomo el control de mí y de la situación.

Decido calmarme. Estar tranquilo, sereno, nada haré estando como me

sentía al verla alejarse de mí. **Alterado y sofocado.**

¿Por qué?

Al cabo de cinco minutos, ella regresa. Ahora traía el cabello suelto, esa coleta alta había desaparecido y su uniforme también. Ahora vestía con ropa casual y modesta, traía una cartera grande consigo, la cual dejó guindando en un costado de la silla.

Me pongo de pie para rodar la silla y ayudarla a tomar asiento y luego vuelvo al mío.

—Por favor... come Nathalia. —Susurro— Sé que pronto ya debes irte y no me gustaría que lo hicieras sin comer.

—Gracias. —Me sonrío con ternura.

Asiento levemente la cabeza y comemos en un total y absoluto silencio, el cual disfruto con asombro y cautela.

El postre estuvo delicioso. Nunca había probado tal cosa como esa, una especie de torta con queso crema. Una maravilla, pude notar que ella tampoco la había probado y eso... me encanto.

Fue algo nuevo para ambos. De hecho, toda esta situación es algo nuevo para mí y supongo que para ella también. Pido la cuenta y al momento de pagar decido bromear...

—¿Me ayudarás? —Le pregunto.

Y al ver su rostro, comienzo a reír a carcajadas. Estaba roja como un tomate. Oh dios... esta chica es asombrosa.

—Solo bromeo contigo Nathalia. —Susurro con tono de voz divertido pero ella no sonrío— Vamos... por favor. Si te ofendí, no fue mi intención. Yo te invite, es comprensible tu expresión. Si me invitaran a un sitio y luego me salieran con algo así, también hubiera reaccionado como tú. Hasta peor...

Esto último, si la hizo sonreír brevemente.

—Ya debo irme. —La escucho hablar con timidez— Falta poco para que sean las dos de la tarde y debo llegar antes de las dos y media.

—¿Me dejas acompañarte? No terminamos de negociar... —Murmuro con ironía.

— ¡¡ Oh!! Cierto. —Susurra con sorpresa.

—¿Y bien? —Pregunto juguetón mientras arqueo mis cejas.

Ella ríe y asiente.

—Bueno... está bien. —Se pone de pie y la sigo— Pero que conste, que solo lo permito para que por fin terminemos con un trato.

—Hecho. —Sonrío— Ya sé que no quieres verme... que desees desaparezca de tu vida —Me hago el ofendido— Pero no seas tan ruda... tan obvia.

Ella suelta una carcajada tan angelical, que siento me pierdo en ella.

Al salir del restaurante le pregunto hacia donde es y...

—En el centro de la ciudad... debo tomar el tranvía.

—¿Y por qué mejor no te llevo?

Ella niega bruscamente con la cabeza.

—No quiero darte más molestias. Pero gracias.

—Por favor Nathalia. No es ninguna molestia, lo haría con mucho gusto. Además, no tengo nada que hacer hasta dentro de unas... —Observo mi reloj— Tres horas.

Falso... falso, falso. Todo lo de hoy lo cancele.

Sí. Por ella.

—Igualmente... no creo que sea correcto. —Susurra en un hilo de voz.

—¿Acaso a tu novio le molestaría?

Ella abre mucho los ojos y deja de mirarme... mi indirecta dio justo en el clavo.

—Si lo tuviera... ni siquiera te hablaría Santiago.

—¿De verdad? —Sonrío.

—Pues sí... supongo.

—¿Supones? —Interrogo curioso.

—No tengo tiempo para esas cosas Santi... —Deja mi nombre a medias y comienza andar con paso firme.

Sin darme cuenta, ya me lleva unos cuantos pasos de distancia, al volver en sí, corro a grandes zancadas hasta alcanzarla antes de cruzar la calle.

—Nathalia... —Le hablo despacio mientras recupero el aliento por la pequeña corrida.

Al llegar junto a ella, entrelace una de mis manos con la suya y mi piel se erizo.

¿Qué rayos sucede conmigo?

La veo tragar con fuerza y también siento como lo estoy haciendo.

Pierdo la noción del tiempo y de un momento a otro, me escucho asombrado de mí mismo al decir:

—No aceptare pago alguno de tu parte.

Ella va soltar su mano de la mía, pero la aprieto con más fuerza.

No Nathalia, no dejare que me dejes con la palabra en la boca. No huirás de nuevo. No lo voy a permitir.

La veo entre abrir los labios pero no dice nada. Luego baja la mirada hacia nuestras manos entrelazadas y sus pupilas se dilatan.

¡¡Oh dios!! Esto es demasiado para mí... no entiendo bien lo que está pasando pero me gusta. Lo que veo... lo que siento.

Es excitante. Emocionante. Diferente. Inesperado. Tan nuevo...

—Nathalia dime algo. —Susurro en un hilo de voz mientras me acerco a su rostro.

Ella retrocede dos pasos lejos de mí, pero aún sigo apretando su mano con fuerza y me acerco esos dos pasos que ella resto.

Los cuales ahora... yo sume.

—Santiago... por favor. Esto no está bien... —Su voz es tan baja ahora.

—Dime Nathalia... ¿Que no está bien?

—Esto... —Y el silencio la invade.

Como también me invade a mí.

Siento que ella vuelve a retroceder y cuando menos se da cuenta, está a punto de ser atropellada por un vehículo.

Le rodeo la cintura con mi mano libre y la atraigo hacia mí, hacia mi pecho, la elevo y la dejo sobre sus pies cuando estamos en la acera de nuevo.

La bocina del vehículo que casi nos atropella nos ensordece por segundos.

Le había salvado la vida... y la mía también.

Su rostro y el mío están a solo centímetros de distancia y no se en que momento, perdí la lógica de la razón por que la besé.

Sí, la besé. En los labios. Si... lo hice, me atreví a besarla. Me deje llevar por la emoción del momento y la besé.

Con pasión y un repentino deseo.

Ella tardo unos segundos en corresponder, supongo que por la impresión... pero lo hizo, me devolvió el beso.

Fui correspondido.

¡A la mierda la prudencia y la discreción!

La besé en medio de la calle, en plena avenida y ella a mí.

Fue deliciosamente abrumador.

El beso más apasionado que alguna vez di y recibí en toda mi vida.

Se los juro por todo lo que tengo.

Nunca había sentido algo parecido y no quería dejar de sentirlo.

Capítulo 5

Jueves 5 de octubre.

Se preguntaran si acompañe a Nathalia a su trabajo ese día después de nuestro apasionado beso y sí. Efectivamente lo hice.

Al despedirme, no volví a besarla. De hecho, no lo he hecho más desde entonces. Si se preguntan el porqué, no se preocupen, no son los únicos, yo también lo hago a veces durante el día.

Pero viendo a la perspectiva, creo que esta mejor así. No quiero que piense que quiero algo atrevido con ella o que tal vez... bueno. Ustedes me entienden.

Ella es una dama. Una señorita y como tal debo respetarla y así, tratarla.

Además, mi madre me enseñó, que a las damas como Nathalia hay que respetarlas y darles su lugar. El lugar que les corresponde.

Aquel beso solo fue la emoción, la euforia del momento.

No con esto niego, que no me gustaría repetirlo. Al contrario, por supuesto que me encantaría repetirlo, besarla. Pero creo que como estamos ahora, por lo momentos, está bien y es lo correcto.

Se preguntaran por como hablo si nos hemos vuelto a ver desde ese día y la respuesta es: sí.

Ayer en la tarde pase por su trabajo, en el periódico local «**Monarca**» y la invite a pasear por las costas y luego a cenar.

Me extraño que no me dejara llevarla hasta su casa... pero me explico que no vivía sola y que no quería ser imprudente.

Lo cual, comprendí, así que la deje lo más cerca que ella me permitió.

Hoy volvería a verla y estoy emocionado. Debo admitir que... Me gusta pasar mi tiempo con ella y compartir.

Además, si soy sincero «Más de lo que ya he sido» no tengo a nadie más con quien hacerlo.

Al parecer, mi amigo Fernando no mintió al decir que se había «Enamorado» por decimoquinta vez. Todo con Valentina marcha bien y no para de hablar de ella cada que vez que lo llamo o viceversa y si, también ha estado con ella todos los días desde entonces.

Ya no lo he visto... y la verdad. No me hace falta verlo ahora que Nathalia ocupa toda mi mente y espacio de tiempo.

A mi amigo Ricardo tampoco lo he visto últimamente, estará con su novia Oriana de vacaciones en Álava hasta hoy o mañana, ya no recuerdo cuando fue que me dijo regresaría.

En mi caso, se siente bien tener con quien compartir y desear ver al salir del trabajo, al final del día. Si antes me gustaba venir a trabajar, ahora, créanme, me gusta mucho más.

Estos días también detalle, que con Elizabeth, nunca me sentí igual. Si comparo ambas situaciones. Esta, es mil veces mejor. Todo con Nathalia es mejor...

Que idiota he sido, al perder mi tiempo y espacio, por casi tres semanas al torturarme por nuestro rompimiento. Estaba tan encaprichado, en tener una relación, en sentirme enamorado, en vivir el amor... que no me daba cuenta que ella nunca fue la mujer ideal para mí. Que no sentía nada por ella más que cariño y un leve querer.

Deje los pensamientos a un lado y me enfoque nuevamente en el trabajo.

Hoy estoy en mi Editorial. Tenía días sin venir por estar en la empresa, y ya era hora de que hiciera acto de presencia en este hermoso lugar, el cual amo más que a nada.

Tengo mucho trabajo atrasado, así que debo ponerme al día. O mejor dicho, como decía mi padre: «**A raya**»

Salgo de la Editorial Da' monte a eso del mediodía y me da el tiempo preciso para salir a buscar a Nathalia en el restaurante.

Estoy estacionando mi auto frente al lugar cuando la veo salir molesta y tras de ella, aquel camarero que nos atendió el Martes cuando la invite almorzar.

Él le hace un reproche y Nathalia le responde exasperada, levantando las manos al aire.

Observo tranquilo la escena dentro del auto. Estoy respirando hondo, profundo, detallando todo al cien por ciento.

El chico intenta besarla y Nathalia lo abofeteó.

Eso había sido suficiente para mí. Salí del auto como un tigre que estaba enjaulado desde hace tiempo y cerré la puerta del mismo, fuerte, de un portazo. Por una milésima de segundos la mirada de asombro de Nathalia se encontró con la mía, pero la ignore.

Rodee el auto con rapidez y en menos de cinco segundos, ya estaba frente al susodicho dándole un puñetazo.

— ¡¡ Oh dios!! —La escucho gritar— ¡Santiago! Por favor no... —Ella se abalanzó sobre mí y me alejo de aquel joven a quien disponía volver a golpear.

—No se te ocurra volver a tocarla. ¡¡Imbécil!! —Le espeto furioso. Total y absolutamente furioso.

Puedo sentir como ella rodea mis brazos y espalda con sus cálidas manos y la calma regresa a mí.

—¿Te crees que por tener dinero eres mejor que los demás? —El joven se levanta del suelo mientras alza la voz y comienza a balbucear.

Luis Carlos sale del restaurante y observa la escena asombrado.

—¿Santiago? —Mira hacia mí, luego hacia Nathalia y por ultimo hacia... — ¡Dereck! ¿Qué sucede?

Pero antes de que este pueda hablar yo lo acuso.

—Este... pelele —Lo señalo con reproche y total desprecio— Intento besar a Nathalia a la fuerza.

—Oh dios... —La escucho susurrar y luego esconde su rostro tras mi espalda.

—¿Pero qué cosa? —Luis espeta sorprendido— ¿Que tú intentaste qué? ¿Pero cómo se te ocurre tal barbaridad? ¡¡Gilipollas!!

—Señor... —Luis Carlos no lo deja terminar.

—¡Señor nada! Nathalia es mi empleada más dedicada, juiciosa y colaboradora. ¿Cómo se te ocurre querer perjudicarla de esa manera? Yo no quiero perder a una de mis mejores empleadas por un compañero culiciciente, ni mucho menos tener una mala imagen ante ella y su madre quien me la ha confiado. ¡Te me vas! —Espeta furioso.

Nathalia por un momento trato de interceder pero se lo impedí y la aleje de la escena, llevándola arrastras hasta mi auto.

—Santi... lo van a echar. El necesita el trabajo. —Susurra con tristeza.

Y algo dentro de mí... se incendió.

Creo que estoy celoso.

—¿Lo vas a defender cuando intentó besarte? ¿Porque tienes que ser tan buena? Nathalia por favor. Tiene cara de acosador, lo pude notar ese día. ¡Te dije que le gustabas!

—Puede ser... —Ella suspira resignada— Pero no puedo evitar sentirme

culpable.

—No. —Afirmo con brusquedad— La persona menos culpable aquí, eres tú. En dado caso, lo sería yo y no me arrepiento de nada.

El joven y Luis Carlos se adentran en el restaurante y yo me quedo a solas con Nathalia.

—¿Estas bien? —Le pregunto al cabo de unos segundos después.

—Si gracias. —Ella susurra frunciendo los labios. Y yo solo me quedo viéndolos, son tan suaves y hermosos...

Y aún sigo tan enojado.

La atraigo hacia mí, le rodeo la parte baja de la espalda con mi mano izquierda y sin darme cuenta, ya la estoy besando... de nuevo.

¡Oh dios... ten algo de piedad!

Tomo distancia cuando el beso se torna más apasionado de lo imaginado y siento que por un momento, me quedo sin aire por alejarme.

—Dios... Nathalia. —Suspiro agitado mientras la veo de pie frente a mí, hermosa y jadeante.

Ella abre los ojos y están tan brillosos como los míos que me asombro más de la cuenta e intento acercarme de nuevo, cuando ella retrocede y susurra:

—Ya debo irme...

Asiento.

—Está bien. Déjame llevarte.

—No... —Ella niega rápidamente— Yo... necesito espacio. Quisiera... quisiera irme sola.

—Nathalia por favor. Déjame llevarte.

—De verdad... no es necesario. Quiero ir... sola. Yo... —Se calla y cubre sus labios con ambas manos— Esto no está bien Santiago. Yo no... Esto.

Levanto ambas manos tratando de calmar la situación y de calmarme a mí mismo, porque ya siento que me altero al verla alejarse de mí.

—¿Es por el beso? ¿Porque te he besado de nuevo? —Pregunto ofuscado — Nathalia, perdóname. De verdad... no fue intencional. ¿Quieres distancia? Bien, mira —La tomo de los hombros, enderezo mi postura y me alejo dos pasos, la distancia exacta de la longitud de mis brazos, estoy tan nervioso que ya no se las tonterías que hago— ¿Así está bien?

—Es que...

Cuando sus ojos se encuentran con los míos ella vuelve a callar. Están dilatados, brillan.

¿Está a punto de llorar?

¡Oh no! Si lo hace, si la veo llorar por mi causa, por mi imprudencia, eso, va a destrozarme. Me sentiré tan culpable.

—Nathalia... escucha. Por favor... hablemos.

—Lo siento... —Susurra arrastrando las palabras— Pero debo irme.

La veo darse vuelta y comienza a caminar con paso firme. No me doy cuenta de lo que estoy haciendo y camino tras ella mientras grito su nombre.

—Nathalia... Nathalia por favor.

—Santiago... ¡ NO! —Me grita.

Ese «NO» hizo que detuviera mi caminar de inmediato y ladeando la cabeza la miro anonadado.

Su mirada es triste, y la mía, estoy seguro que también. Sus labios se fruncen y los míos... se entre abren para ayudarme a respirar, porque me siento ofuscado.

¿Qué está pasándome? ¿Qué pasa conmigo desde que la he conocido?

¿Por qué me afecta?

¿Puede ser que ella realmente me guste?

¿De verdad?

¿Tanto así?

Oh rayos...

¿Y por qué no me gustaría si ese fuera el caso?

Solo basta mirarla... es hermosa. Y tan buena y dulce. Toda una dama de bien.

No le interesa el dinero ni nada de esas cosas y... ella tiene tanto que dar.

Antes de ella darse la vuelta, pude ver como una lágrima descendía por su mejilla izquierda y eso acabo todo de mí.

Y me quede allí, de pie, en medio de la acera. **¡Como un idiota!**

Desde ahí la vi partir.

Intente caminar tras ella, pero no pude, mis pies no respondieron a las súplicas de mi mente y cuando menos me di cuenta, estaba sentado sobre el capo de mi auto y no sé cuánto tiempo estuve sentado allí, antes de partir a mi casa.

A la gran mansión Da' monte.

Cuando llego, mi primo hermano está en el recibidor.

—¡Santiago!

—Ahora no Ramiro. —Espeto con seriedad.

Comienzo a subir las escaleras con paso lento mientras me voy quitando la corbata.

—Ayer fue mi cumpleaños. —Lo escucho decirme cuando alza la voz a propósito.

Detengo mi andar y me vuelvo viendo hacia donde él está parado.

—Felicidades. —No, no son unas sinceras felicitaciones— Ahora... si me disculpas.

Comienzo a subir nuevamente y su voz vuelve a detenerme.

—Santiago.

—¿Que Ramiro? ¿Qué? —Le grito furioso.

—Los documentos. —Susurra encogiéndose de hombros— Nuestros abogados... —Me señala con su mano izquierda hacia la sala— Están aquí. Esperábamos por ti.

—¡Mierda! —Susurro mientras me cubro el rostro con una de las manos.

Había olvidado por completo que ayer fue el cumpleaños número veinticinco de Ramiro. Y así, se termina mi condena de estar a su lado y de administrar y cuidar sus bienes y dinero.

Hoy era el día estipulado para que firme el traspaso y poder.

Hoy por fin... Ramiro desaparecería de mi vida para siempre.

Como todos... a los que alguna vez quise.

—Dame un segundo, ya los recibo. —Fue lo último que dije antes de terminar de subir las escaleras y desaparecer por el pasillo que da a las habitaciones.

Me quite el traje de vestir y me di un baño veloz.

Al terminar de secarme y de ponerme la ropa interior, me adentre en mi armario y tome una camiseta gris y unos vaqueros claros. Por último, me coloque unos zapatos deportivos y me coloque un poco de gel en el cabello, lo peine de una pasada hacia atrás y dos pequeños mechones rebeldes salieron a rebotar en mi frente, los deje así y luego de echarme algo de perfume, me mire en el espejo por breves segundos, mis ojos grises se veían tan cansados... estoy tan triste ahora. Deje de mirarme en el espejo y baje con prisa hasta la sala.

Mi amigo y abogado Ricardo Presley se encontraba platicando con el abogado de Ramiro y junto a ellos, se encontraba el también abogado de mis fallecidos tíos, quien sería el que leyera en dicho momento el testamento y quien leerá ahora, los términos y todo lo hecho con los bienes de Ramiro,

mientras mi padre estuvo a cargo y luego mientras lo estuve yo por más de diez años. También leerá el traspaso, la firma y todo ese proceso. Digamos que hoy será el juez.

O algo parecido... soy algo nuevo respecto a esto.

Y por lo visto, mi amigo Ricardo regreso de sus vacaciones un día antes de lo previsto.

Al terminar la lectura y luego a consecuencia la firma. Nos tomamos la foto correspondiente, que certifica y verifica que todo se ha hecho con normalidad, legalidad y con "final feliz".

Ramiro recibió un total de veintitrés millones de euros. Que les fue dejado por sus padres, más cinco propiedades y un pequeño despacho de abogados, en el cual me imagino, comenzara a trabajar de inmediato.

Cuando todo finalizo, lo veo acercarse a mi lado mientras despido a mi amigo Ricardo.

Mis ánimos están por los suelos y no necesito la presencia de Ramiro para que termine de esparcirlos por el mismo.

Ya ni siquiera estoy molesto por lo que me hizo al meterse con mi ex novia.

Estoy dolido por lo muy evidente de nuestro distanciamiento. No sé en qué momento deje de sentir que éramos familia, que nuestra hermandad se había roto. Nuestro lazo familiar...

Cuide tanto de él. Por tantos años... lo recibí en mi hogar como el hermano que nunca mis padres pudieron volver a darme y nosotros... simplemente de un día para otro, nos alejamos y cada quien hizo lo que mejor le pareció, tanto con su vida como con nuestro lazo.

—Santiago... —Susurra en un hilo de voz llamando mi atención— Quiero que sepas, que me duele que todo termine así. Este dinero recibido y todo lo demás... es lo de menos para mí.

Lo veo de frente a frente, a los ojos, con esa mirada llena de seriedad y tan hostil que me caracteriza y solo puedo escucharlo con atención.

Siempre he pensado lo contrario... que el dinero que le fue heredado, es lo que más importa para él.

—Realmente... tus padres fueron también los míos. Los quise como tal y esta casa —Alza ambas manos mostrando todo el lugar con sincero pesar— También la quiero como mía, ha sido mi hogar desde hace veinte años. Y tu... un hermano. Mi hermano. —Se calla mientras baja la mirada— Y aunque no lo

creas... te respeto y admiro. De verdad lo hago. Y estoy muy arrepentido de lo acontecido con... ya sabes. No medí mis actos y mucho menos las consecuencias que tal acción traería entre nosotros y nuestro hogar. Nuestra familia...

Me paso la mano por el pelo y solo puedo asentir con la cabeza por lo que ha dicho. Mi seriedad sigue intacta.

—Yo no quiero que esto termine así. —Susurra— No quisiera irme en malos términos contigo... entre los dos. Siempre hemos sido tú y yo contra todos. Solos... los dos. No tenemos a mas nadie... no hay más familia. Tú lo sabes... Nunca conté con la familia de mi padre, sabes que ellos son una basura y solo buscaron su dinero y como no les dejo nada se olvidaron de mí.

—Ramiro...

—Déjame terminar por favor Santiago. —Me interrumpe y toma asiento en las escaleras que dan entrada a la gran casa— Y nuestra familia...

Decido acompañarlo y también me siento en las escaleras después de cerrar las puertas dobles de la casa.

Sí, me senté a su lado.

—Nuestra familia... los pocos Da' monte que nos quedan, no han pisado España desde hace mucho tiempo. Y a estas alturas, no lo harán. —Sonríe con pesar ironía y lo sigo— Está claro que no les hacemos falta, ni que tampoco nos extrañan como para tomarse una semana y visitarnos. Esta pequeña ciudad es tan hermosa... ¿Qué tiene Bélgica que Bilbao no? —Pregunta mientras una sonrisa triste se asoma en su rostro.

—No sé en qué momento nuestra relación se rompió Ramiro. Porque eso es lo que siento, que se rompió. —Suspiro— Y por favor, no pienses que lo digo por Elizabeth, a estas alturas de mi vida, ya eso es lo de menos. No me importa, lo he superado —Sí, gracias a Nathalia y a mi trabajo— Pero... ¿que podríamos hacer? Es como si todo se hubiera derrumbado.

Ramiro suspira y me sonrío con notable sinceridad.

—¿Perdonar? —Susurra— ¿Perdonarnos? ¿Convivir nuevamente? Nos hemos perdido en el camino... sobre todo yo.

Asiento con lentitud y sonrío. Nunca imagine, que después de tanto tiempo, esta conversación fuera a existir alguna vez. Que realmente sucedería... ¡ Y en este día menos!

Podría estar enojado todo lo que quiera, pero él tenía razón, él es... **somos**. Nuestra única familia.

—Te perdono Ramiro. —Suspiro— ¿Y tú? ¿Lo harás conmigo?

Lo veo ponerse de pie y extenderme su mano. Aprieto la mía contra la suya y el me apretuja contra su pecho en un fuerte abrazo.

Nuestro primer abrazo en más de dos años. Y si, nuestra primera plática desde hace casi más de un mes de lo acontecido con mi ex novia.

Con esto confirme, que la familia siempre es y será primero.

Primero que todo.

Al cabo de una hora... Ramiro se fue de mi hermoso y grande hogar. El cual ahora se haría mucho más grande sin su presencia. Quedamos en reunirnos pronto... el volvería de nuevo a mi hogar. A nuestro hogar.

Siempre tendrá su habitación. Porque es suya.

Mientras tanto, pondría en orden su vida y todas las grandes responsabilidades que sus padres le han dejado.

Hoy es jueves 19 de octubre y se cumplen dos semanas desde la última vez que vi a Nathalia. Ese jueves 5 de octubre.

Estoy de mal humor desde entonces... fui a buscarla dos veces al restaurante y luego en el periódico Monarca y ninguna de las dos veces di con ella. Su número telefónico tampoco... siempre me envía a buzón cada vez que llamo.

Ahora tengo barba... pero hoy he decidido rebajarla un poco. Solo un poco, tampoco tengo ganas de afeitarme por completo.

Mis ánimos desde entonces siguen por los suelos. Es que la extraño a toda ella.

No sabría cómo explicarles lo que sentí al momento de besarle. Desde entonces, soy otro y lo que siento por todo esto, puede más que todo de mí.

Y la extraño, sí que lo hago.

Ha este punto, no sé si podre controlarme las ganas de volver intentar y buscarla de nuevo a su trabajo.

No lo volví a hacer desde esa segunda vez.

Y ya no sé qué hacer... ¿ Oh tal vez si?

Creo que solo necesito que dios o alguno de mis ángeles me iluminen.

Y creo que fui escuchado, porque a los instantes de pensar tal cosa, un rayo de sol intenso se adentró por las grandes ventanas de mi oficina y dio directamente, hacia mi rostro.

Al demonio... echare esta amargura a un lado e iré a buscarla por última vez. Y si en definitiva, no quiere volver a verme. Entonces que así sea, lo aceptare.

La dejare ir de mi vida de una vez por todas.

Porque de mi mente y corazón estoy seguro... que jamás podre.

Capítulo 6

Al llegar al restaurante, estaciono el auto frente a la entrada y cuando salgo de este, apoyo mi espalda contra la puerta. Me encuentro nervioso, llegue justo a tiempo, ya faltan menos de diez minutos para que el turno de Nathalia acabe.

¿Si la veo que voy a decirle?

¿Qué me perdone por mi imprudencia?

¿Otra vez?

Es que nada más se me ocurre.

Cada vez que trato de idealizar algo, las ideas se esfuman de mi mente. De toda mi cabeza.

Estoy bloqueado de los nervios.

Yo solo deseo volver a verla... invitarla a pasear nuevamente. Y hablar... solo hablar. Arreglar nuestra situación.

Han sido dos semanas de infierno y amargura total. Necesito hablarle, que me perdone y sigamos adelante. Con nuestra hermosa compañía, con nuestra hermosa amistad y...

¡Rayos...! Ahí viene y esta preciosa. Trae su cabello suelto y en ondas, viste un lindo vaquero ajustado a su cuerpo y una camiseta azul de corte en v, con unos hermoso tenis color blanco que adornan sus pies.

Que diosa... la más sencilla y hermosa de todas.

Ella está guardando algo en su cartera y es por eso que aun, no ha notado mi presencia.

Cuando por fin se despide de la recepcionista y alza el rostro saliendo del restaurante hacia la calle, sus ojos se encuentran con los míos.

Sigo apoyando la espalda sobre el auto y estoy de brazos cruzados, sobre mi pecho, como abrazándome a mí mismo y la miro, con firme atención. Sus ojos en los míos, está sorprendida de verme aquí. Le sostengo la mirada con pasión, lentamente la veo caminar hacia mí y su rostro cambia. Ahora esta triste, sus mejillas comienzan a enrojecer al igual que la punta de su nariz.

Sus hermosos ojos, ahora brillan como aguas cristalinas por el llanto contenido. Veo de reflejo como su cartera cae a paso lento de sus manos al suelo y dando otro paso hacia adelante, ella está sobre mí, dándome un fuerte

abrazo, el cual le correspondo con absoluto fervor y necesidad.

Nathalia me ha extrañado tanto como yo a ella y eso me derrite por completo.

Le rodeo la cintura con ambas manos y la aprieto con fuerza contra mi pecho, dejo un camino de besos desde sus hombros hasta su cuello y allí me quedo. Escondiendo mi rostro en el... en su cuello.

El suave aroma de su cabello invade mis fosas nasales y una esencia de rosas predomina mis sentidos.

La abrazo... con más fuerza. Con más pasión.

—Santiago... —La escucho susurrar en un hilo de voz contra mi oído—
Volviste.

—Claro que lo hice... siempre lo haría.

—Pero no deberías... —Solloza— No te convengo.

La siento alejarse de mí poco a poco y me desespero.

—Por favor Nathalia... no lo hagas de nuevo. —La tomo de las manos y la aferro a mi lado.

—Santi... debes creerme. Cuando te digo que esto no está bien, es por una razón. —Suspira.

—¡Entonces dímelas! —Replico con ansiedad— Por favor dime para poder entender lo que dices. ¡Para poder entender por qué esto no está bien!

Ella va a tomar distancia de mí pero no la dejo.

—Nathalia habla conmigo. —Le susurro en un hilo de voz mientras me acerco a su rostro.

—Es que... —Ella duda y hace ese gesto tan único con sus labios— Si tú lo supieras...

—¿Saber qué? —Suspiro— Confía en mí.

—Confió... pero... No puedo decir... es complicado.

Después voy profundizar ese tema, el cual me tiene muy intrigado. Pero ahora, solo tengo otro objetivo en mente.

Recuperarla.

Con mi mano en su mejilla acerco su rostro al mío y nuevamente, después de tanto tiempo, la beso.

Con mucha más pasión que antes.

Con amor. Con sincero amor.

El beso persiste, con una intensidad y necesidad locamente apasionada de ambas partes, volviéndose más intenso de lo imaginado y no sé, en que

momento termine dentro del auto junto a ella de camino a mi casa.

Al llegar, subí las escaleras a toda prisa mientras llevo a Nathalia en mis brazos y de camino tome unas rosas que de seguro, Nora pondría en algún florero. Pegara el grito en el cielo cuando ya no las vea, pero eso ahora, es lo que menos me importa.

Cuando llego a mi habitación, bajo a Nathalia de mi regazo y lentamente la dejo sobre sus pies. Levanto una de las rosas a la altura de su cabeza y los pétalos de esta, caen sobre ella como gotas de lluvia.

Ver la sonrisa de Nathalia, me enloqueció de ternura.

Esta joven, que llego a mi vida de la noche a la mañana. De sorpresa, sin tan siquiera imaginármelo ni mucho menos soñado o deseado por andar inmerso en mis pensamientos del pasado, me había hechizado y enamorado totalmente, de un momento a otro.

Y si, le hice el amor. La hice mía... toda mía. Ella se entregó por completo a mí.

Me dio su mayor virtud.

Nunca lo hubiera imaginado. Que ella era... ya saben.

Les confieso que me tomo por sorpresa. Ella es joven y hermosa, imagine que alguna vez en su corta vida se enamoró y que sucedió lo que debía suceder pero no, Nathalia nunca lo hizo con nadie, hasta hoy.

Me escogió a mí. De entre todos en el mundo, el afortunado y dichoso fui yo.

—Nathalia... eres... —Susurre y luego calle.

Recuerdo lo nerviosa que se puso cuando lo descubrí... Ella se alejó un poco y ahora el nervioso era yo.

—No te enojas conmigo por favor. —Ella susurro asustada y yo solo pude suspirar.

Esta mujer es toda una dulzura en persona.

—No mi amor... —La besé con pasión mientras le acaricie el rostro y susurro— ¿Cómo puedes pensar eso? ¿No estoy enojado, por que debería estarlo? Al contrario, estoy honrado. ¿Digo... estas bien? ¿No te he lastimado?

Ella negó con la cabeza.

—¿Estas segura? —Ella asiente— ¿Aun quieres esto? Aceptare sino quieres...

Nathalia se acerca y me da un corto beso en los labios cargado de pasión.

Eso era un sí rotundo.

—Todo contigo. —Dice en un hilo de voz y puedo ver pequeñas lágrimas descender por sus mejillas.

—Todo contigo mi amor... —Susurro antes de perderme en ella.

La verdad, al darme cuenta, los nervios me invadieron por completo. A pesar de que pude controlar y aparentar estar lo más tranquilo y sereno posible, internamente no, créanme, era todo lo contrario.

Moría de nervios por lastimarla, por hacer algo mal o indebido. Pero para mí fortuna, todo fue fortuito y tranquilo...

Romántico, créanme. Muy romántico. Como nunca antes en mi vida.

Tenerla, sentirla, hacerla mía y darle todo mi amor, fue lo mejor que me haya pasado en la vida. Porque de verdad, la ame. Me entregue a ella por completo, como nunca antes.

Nada vivido en mi pasado, tiene comparación a lo que siento o lo que alguna vez imagine sentir por una mujer. Ella... Nathalia.

Mi tan esperado amor.

Durante ese momento, la sentí sollozar y me rompí. Pero cuando entendí, que su llanto, que sus lágrimas eran de felicidad y de amor hacia mí, como un estúpido romántico empedernido que soy, también llore.

Estuvimos encerrados en mi cuarto hasta altas horas de la noche, escuche de lejos los gritos de Nora, cuando se dio cuenta que las rosas que preparaba para colocar en algún florero, habían desaparecido y reímos a carcajadas por largo tiempo. Hablamos de todo un poco, pero sobre todo estaba muerto por saber más sobre ella, me conto que nació aquí, en España en Vitoria, y que fue criada en México, porque de allá es su padre.

—¿Extrañas tu hogar en México? —Le pregunto y ella niega pensativa.

—Puede que a veces si extrañe a mis amigas, pero aquí estoy bien. A fin de cuentas, este es mi país natal.

Bajamos a las once para cenar, todo mi personal ya dormía a estas horas, así que tuvimos paso libre para hacer lo que quisiéramos en la cocina sin interrupciones.

Si, también le hice el amor allí, sobre la encimera. Ese fue el postre final... hermoso y delicioso postre.

Cuando Nathalia descubrió la hora después de cenar, se apresuró a decir:

—¡Dios santo! Ya debo irme.

Eso me hizo fruncir el ceño y negué la cabeza abruptamente.

—¿Por qué? —Susurro— Ya te dije que puedes quedarte, no hay ningún

problema.

—Lo entiendo y agradezco. Pero es que... —Ella esta apenada.

—Por favor mi amor. Quédate esta noche —Le susurro mientras me acerco y le rodeo la cintura con mis manos— Te lo ruego.

—Santi... no hagas eso. —Susurra con voz entrecortada— Debo ir...

Niego con la cabeza mientras le beso el cuello y soplo en su oído derecho. Con mi barbar le rozo la piel y eso hace que ella arquee su espalda.

—Santiago... —Gime entre mis labios mientras sonrío de alegría.

Era un hecho. No se iría a ninguna parte, al menos... *no esta noche*.

Después de que Nathalia termino de hablar por teléfono con su madre «A la cual ya muero por conocer» Se quedó profundamente dormida junto a mí, en mi pecho. Me quede viéndola dormir por unos veinte minutos hasta que también me rendí ante la inmensidad de los sueños, que para mí fortuna, estuvieron llenos de sonrisas y abrazos con ella... mi Nathalia.

A la mañana siguiente, despierto siendo abrazado por ella. Sus manos suaves rodean mi amplio pecho y me apretujaban contra el suyo, también desnudo.

La despierto a punta de besos y vuelvo hacerla mía...

Una hora más tarde, nos encontramos en la planta baja de mi amado hogar, específicamente, en la cocina. Le presente a todo mi personal y en especial, a mi querida Nora, con la cual, se llevó muy bien desde el primer instante. Yo diría que más que bien, parecían íntimas amigas, hasta sentí celos por un momento.

Créanme, no miento con ello.

Ha este punto, creo que me costara compartir a Nathalia con todas las demás personas.

Me retiro a mi oficina por unos minutos al recibir una llamada de negocios y cuando me dispongo a regresar a la pequeña reunión de presentación de mi personal hacia Nathalia, cuando Nora me llama aparte para susurrarme:

—Hijo... encontré a tu novia observando los portarretratos y detallando la casa.

—Eso es normal... nunca la... —Me interrumpe.

—Lo que quiero decirte, disculpa si me mal entendiste. —Aclara— Es que siento, que ella... esta intimidada.

Fruncí el ceño.

—¿Tú crees? —Pregunte con evidente curiosidad por que ya lo

sospechaba.

—Totalmente. Tal vez no imagino...

Nora alzó las manos haciendo acorde a lo grande de la propiedad.

—Si comprendo... sinceramente, supongo que yo también lo estaría. — Susurre mirando al rededor— Iré a verla.

—Claro... —Ella susurra, pero antes de irme ella me toma del brazo— Ve con calma, ¿quieres? Cuídate y cuida tu corazón. No quiero verte destruido nuevamente.

Sus palabras eran las de una madre preocupada por su único hijo. Me hizo recordar a la que perdí, y mi lazo tan fuerte con Nora, se reafirmó.

—Te quiero. —Le susurro mientras le di un beso en la frente, para luego seguir mi camino.

Es 19 de diciembre y Nathalia y yo cumplimos dos meses de noviazgo. Me le declare al día siguiente de lo sucedido, a horas de la tarde, después de buscarla en el periódico local donde trabaja y de invitarla a comer, le pedí que aceptara ser mi novia.

Ella, a pesar de estar algo dudosa y nerviosa al principio, acepto.

Sus miedos y dudas eran normales, totalmente comprensibles.

Tenía miedo de que esto no funcionara, aparte de su bendito misterio, sus dudas, eran por nuestras diferencias socio-económicas, las cuales nunca me han importado desde que la he conocido. Y por último, por lo que su madre pensara o dijera sobre lo apresurado de las cosas.

Lo cual entiendo, mas sin embargo, no comparto.

Conocí a mi suegra una semana después de Nathalia aceptar nuestro noviazgo y debo confesar, que la madre es igual de hermosa que la hija. Pude notar, de donde Nathalia heredo tal belleza.

Aunque nadie... se igualaría a mi hermosa princesa.

Me lleve excelente desde el primer instante con mi suegra Elicia, es un encanto de persona al igual que su hija.

Las cosas han cambiado entre los dos desde entonces. **Para mejor.**

Hoy le pediré que sea mi esposa.

Sí, seguiré apresurando las cosas por que la amo locamente y quiero tenerla conmigo a diario, siempre. Eternamente. Todos los días.

No tengo duda alguna, de que ella es realmente todo lo que quiero y deseo en mi vida.

Mi padre siempre me dijo, que cuando llegara a mi vida la indicada... «El amor de mi vida» Mi corazón lo sabría de inmediato, que mi alma y el vacío de la misma... si llegaba a perderla, me lo dirían sin dudar. Y así fue, cuando no supe de Nathalia durante esas dos largas semanas, me sentí vacío, muy amargado y más solo de lo que ya me encontraba. Era totalmente otro y eso... era porque no la tenía conmigo. Junto a mí.

Ahora... en este día donde le pediré que sea mía por siempre. Todo lo tengo bien planeado y calculado.

Muy bien organizado.

Como siempre.

La llevare a pasear en un pequeño barco por la Ría de Bilbao, luego, al terminar nuestro paseo, una carroza vendrá por nosotros y nos dará un nuevo recorrido nocturno por la mejores partes de la ciudad. Ella creará, que todo esto es por nuestro aniversario de segundo mes, y en efecto, eso es lo que le haré creer hasta que lleguemos a nuestro destino final, el museo de arte.

Fui por ella hasta su trabajo y me pidió que la llevara a casa para poder cambiarse y según sus propias palabras: «Estar linda para nuestra cita». Pero ella siempre esta hermosa ante mis ojos.

Cuando conocí a la madre de Nathalia, descubrí que era mentira que vivían junto a otras personas. Mi novia no quería llevarme hasta a su hogar por miedo a que algo me ocurriese, ya que en los alrededores, reina la inseguridad.

Esta pequeña zona de Bilbao es muy poco cuidada por la policía del distrito y por lo tanto, la inseguridad en ciertos horarios... abunde.

Mas sin embargo no me importo, ni me preocupe por mí, sino por ella. Por ellas... por su madre también obviamente.

Pero ambas me tranquilizaron al decirme que se llevan muy bien con todos en la zona y que muy al contrario de sentirse asustadas, se sienten protegidas, ya que las personas de este lugar, se cuidan mutuamente de los vándalos.

Cuando sé que la traeré hasta su casa, me vengo en el auto de mi chofer un «Corolla del 2005» quien me hace el préstamo. Para evitar, que Nathalia y su madre se preocupen de que algo me suceda, si un vándalo me cacha pisando esta zona en alguno de mis autos de lujo.

Y, a veces... a pesar de todo lo que hago para ser más discreto con lo que

poseo. Aun puedo sentir que mi chica, sigue intimidada por mi dinero, casa y posición social.

Cuando los medios locales se enteraron de mi nueva relación, la acosaron inmediatamente, y a consecuencia, me preocupe por su integridad y seguridad... y por la de su madre. Ambas, con el pasar de los días se ponían más nerviosas y misteriosas. A veces, Nathalia se volvía distante conmigo y eso internamente me enloquecía y por consecuente, me entristecía al no entender por qué... por no entender nada.

Pero decidí calmar mi paranoia y comprender su situación, si hay algo que amo con locura de Nathalia, es que ella es exactamente como yo. Ama la discreción y odia la exhibición.

Y ser perseguidos por algunos paparazzi mediocres durante todo un mes, no es para nada agradable.

El mes pasado fui portada de la revista de negocios más importante de la ciudad, la cual, cada mes nomina un nuevo mejor empresario y el mes de noviembre, para mi **desgracia**... fue mi turno, me tocó a mí.

Enfóquese «Desgracia» porque amo mi privacidad y salir en las revistas no es mi fuerte, ni muy privado tampoco, pero en este mundo de negocios, a veces, ciertos detalles se vuelven inevitables.

En una de las páginas del interior de la revista, hay una foto de los dos... frente al lago de mi hermoso hogar.

Ella no quería salir en dicha fotografía, y yo tampoco quería que saliera. Pero no por egoísmo, sino para su protección y por discreción.

Hemos decidido, llevar nuestra relación lo más privada posible.

Y esa fotografía, no fue un buen inicio para ello...

A pesar de eso, no hable mucho sobre lo nuestro más que lo obvio.

«Estoy feliz, eso es todo lo que diré»

Y si, en efecto. Fue lo único que dije al respecto para la revista.

Nathalia termino de alistarse a las siete en punto y se veía preciosa en ese hermoso vestido bohemio, blanco y de encaje. Unas lindas sandalias de bajo tacón adornan sus lindos pies, ahora se veía un poco más alta de lo que realmente es y créanme, soy muy alto y pude ver la gran diferencia.

Mido 1.85 y ella 1.70 ahora parecía medir 1.75 pies de alto.

Hermosa...

A las siete y media de la noche, llegamos al paseo Uribitarte junto a la Ría de Bilbao y entre el puente del ayuntamiento...

Recorrimos la Ría en un profundo y delicioso silencio, el pequeño barco hizo su recorrido de manera espectacular y dentro de este, la invite a cenar.

Antes de llegar al puente de Merced, Nathalia apoyo ambas manos sobre las barandillas del barco y la vi disfrutar la brisa fría de la noche al cerrar los ojos.

Le llegué por detrás y rodeé su cintura con mis manos, la apreté contra mí y escondí mi rostro entre su cuello y ese hermoso cabello largo castaño claro.

—Santi... —La escucho susurrar apenas— Tengo miedo.

Le doy la vuelta y ahora la tengo frente a mí.

—¿De qué mi amor? —Frunzo el ceño mientras le acaricio la mejilla.

—De... ya sabes. De que no funcione... —La veo fruncir los labios y bajar la mirada.

—¿Te lo he hecho sentir? ¿Es por eso tu distanciamiento algunas veces? — Le quito un mechón de cabello del rostro— ¿Dime que más sientes cariño?

—Es que... —Suspira— Sonara cliché... pero, somos tan diferentes. Tengo miedo de no estar a la altura cuando me llevas a esos lugares... —Se calla— Tan elegantes. Y yo no puedo negarme, porque realmente quiero apoyarte. Pero...

—No estas acostumbrada. —Le termino la frase y ella asiente— Cuando sea mucho para ti, solo dímelo. Lo comprenderé, mi amor... Jamás impondría mis cosas sobre ti, debes entender, que tú siempre serás lo primero para mí, lo primero de todo.

Ella baja la cabeza y suspira con pesar.

—Estoy segura que algún día cambiaras de parecer cuando sepas la verdad sobre... —Vuelve a callar

Ese misterio otra vez. Del cual nunca me habla... el cual siempre deja a medias.

¿Qué verdad Nathalia? ¡Dímela por amor a dios! ¿A que le tienes miedo?

—No puedes asegurar algo que no sabes.

—Estoy segura Santiago.

—¿Y ese es tu miedo real no es así? —Aseguro con firmeza— No es por nuestra diferencia de clase social «La cual nunca me importo». Es ese secreto, ese secreto que guardas tan dentro de ti y sé que mueres por gritar.

Ella vuelve a suspirar.

—Debes confiar en mi Nathalia. —Susurro— Dime que más debo hacer

para demostrarte que estoy completamente enamorado de ti y que nada de lo que puedas decirme, me hará cambiar de parecer y mucho menos, de mi sentir por ti. Dime... porque muerdo por saber.

El barco atraca en el pequeño muelle y nuestra discusión se detiene.

Esta plática no es de buen augurio para mis planes a seguir, porque ahora estoy dudoso.

¿Y si me rechaza? ¿Y si dice que no a mi propuesta de matrimonio? ¿Y si no acepta ser mía, mi esposa ante dios y la ley?

¿Qué será de mí? ¿Cómo me sentiré ante tal rechazo de la única mujer que realmente he amado en toda mi vida?

Moriré de tristeza y dolor.

Tengo pánico... no lo demuestro. Pero créanme, lo tengo. No quiero ser rechazado, no quiero ser despreciado por ella. Yo la amo, ella se convirtió en el centro de mi alma.

Me sentiré perdido si lo hace.

Pero si tampoco me arriesgo... entonces nunca lo sabré. Estoy en una encrucijada total. En un debate mental y emocional. Un laberinto.

¿Qué me rechace es lo que realmente debería preocuparme? ¿O ese secreto que tanto guarda? Que confusión tan profunda siento...

La ayuda a subir las escaleras que dan a la acera del puente Merced y una carroza blanca domada por un hermoso caballo está allí, esperando por nosotros.

—¡Oh por dios! —Nathalia exclama sorprendida— Santiago, esto es... hermoso. —Susurra y su vista comienza a brillar, está a punto de llorar.

Antes de tan siquiera ayudarla a subir, ella me abraza con fervor, la escucho susurrar muchas cosas en mi oído que no logro entender hasta...

—Te amo...

Era la primera vez que me lo decía. Acaba de decir que me ama... Después de tanto tiempo de espera, de imaginármelo, de tanto escucharlo en mis sueños, por fin era un hecho.

Nathalia me ama. ¡**Me ama!**

Siempre lo supe, lo sentía cada vez que la hacía mía. Mi mujer... pero nunca será igual a escucharlo venir de sus labios y no de mi cabeza.

Que anhelo...

Oh dios... ahora si estoy completamente perdido.

—No más que yo Nathalia. —Susurro entre sus labios— No más que yo

mi amor.

Y la besé. Con esa pasión desmedida que solo ella me evoca, que solo ella me hace sentir. Mi Nathalia... mi dulce y encantadora Nathalia.

El recorrido por la ciudad en la carroza fue muy romántico. De camino al Museo de Arte, le compre unas hermosas rosas rojas a mi chica.

¿Les mencione que las rosas son muy importantes para los dos y nuestra relación?

Todos los días le regalo una rosa por las mañanas al buscarla en su casa para llevarla al trabajo.

Y le regalo muchas más cuando se queda en mi hogar, tengo rosas por todas partes y un hermoso sembradío en los jardines de la casa. Siempre salgo apresurado de la habitación antes de que ella despierte y le pido a Nora que me ayude a escoger y cortar las más bonitas con mucho cuidado. Y antes de Nathalia pueda bostezar ya tiene las rosas rojas a su lado.

Si... ¿ahora me creen cuando les digo lo romántico empedernido que soy?

Y realmente me quedo corto, créanme. E hecho muchas cosas más.

Solo con ella... solo para ella.

Si antes llegue a pensar que era un romántico sin remedio en mis relaciones anteriores, pues en esta no tengo comparación alguna, ni remedio tampoco. Las otras relaciones se quedan cortas, muy cortas, no existen. No tienen punto ni final ante esta.

Soy peor, mil veces peor. Mucho más romántico de lo tan siquiera imaginado.

Gracias a uno de mis contactos, hice que cerraran el Museo de Arte para el público. Y dentro de él, solo existíamos los dos. Solo... nosotros dos.

Después de disfrutar las exhibiciones por horas con total calma y placer... salimos a los jardines del museo.

Hermosos... hermosos jardines.

Casi tan hermosos como los del Jardín botánico de la ciudad.

Nos sentamos en unas bancas cerca de la fuente y disfrutamos el cielo estrellado... era casi la una de la madrugada cuando me atrevo a preguntar:

—Nathalia...

—¿Si? —Ella deja de mirar hacia la fuente y los pétalos de flores que vagan por sus aguas y me mira directamente a los ojos.

—Cásate conmigo. —Susurro con el ceño fruncido.

Estoy serio... muy serio.

¡¡Pero de los nervios caray!!

Estoy que me hago encima. Y ella solo me mira como si nada, para luego soltar una carcajada.

Esas... carcajadas angelicales que solo ella puede hacer.

Deja de reírse al ver que la seriedad en mi rostro sigue intacta.

La veo ponerse de pie y llevarse una de las manos sobre el pecho, para luego abrir los labios y los ojos. «**Ahora si le cayó el veinte**» como dice mi amigo Fernando.

Ella quedo en un completo estado de shock.

También me puse de pie por unos segundos y luego hice lo debido, sí, me arrodille y saque del bolsillo de mi chaqueta la pequeña caja. Un anillo de zafiro azul el cual le perteneció a mi madre, es lo que le daré como símbolo de todo mi amor hacia ella. Como el inicio de nuestra unión eterna. Un anillo que simboliza amor, el más puro, sincero y eterno de todos. Mi amor completo.

—Nathalia... mi Nathalia. —Suspiro pesadamente porque ya puedo sentir que no resistiré... puedo sentir las lágrimas venir en camino— Te amo... locamente lo hago. Y me duele tanto cuando te vas de mí, cuando te dejo en casa y regreso a la mía solo, sin ti a mi lado. Sé que sueno egoísta o tal vez algo infantil, pero me duele... y yo. Deseo estar junto a ti cada segundo de mi vida... eres todo lo que desee y espere durante tanto tiempo. Y no puedo... no consigo mi vida sin ti.

La veo llorar frente a mí y como un estúpido, ahora, también lo hago.

Bajo la mirada y al cerrar mis ojos, puedo sentir las lágrimas descender sobre mi piel...

—Di que sí... haz me el hombre más feliz, afortunado y dichoso del planeta. Dame el honor de ser tu esposo, de cuidarte y protegerte, por que en verdad quiero y muero por hacerlo.

Cásate conmigo. —Susurro— Cásate conmigo porque sin ti... nada de mi tendría sentido. Por qué... amor mío, eres el centro de mi alma.

Ella suspira y se cubre los labios.

—Estás loco... y te amo. —Susurra cayendo de rodillas junto a mí, llorando... y asintiendo— Sí, me caso contigo señor Da' monte.

Ya ven... mi buen augurio de esa noche fue Nathalia. El mejor regalo de cumpleaños que la vida pudo darme y que gracias a dios, llevo conmigo a todas partes, tan dentro de mí. En mi alma y en mi corazón.

Epílogo

Los preparativos de la boda comenzaron al día siguiente. Le dije a Nathalia y lo deje muy en claro, que quería casarnos lo más pronto posible, y de eso no quedo duda alguna, cuando bromeando llegue a su casa con mi amigo Fernando, fingiendo ser un "juez" falso.

—¡Viene a casarnos ahora mismo! —Grite con severidad y notable sarcasmo.

Mi suegra se privó de la risa y Nathalia le siguió de cerca, después de salir del trance en el que se encontraba, al ver a Fernando vestido de juez.

Mi amigo lanza un grito mexicano muy estilo mariachi y comienzo a cantar rancheras.

Los días siguieron pasando y yo, ya tenía a mis tres padrinos listos, escogidos y preparados.

Fernando, Ricardo y mi hermano Ramiro. Con quien cada día que pasa, me llevo mucho mejor, todo lo ocurrido quedo atrás, en total pasado.

Solo el, sería mi único familiar de sangre presente, en mi boda.

Por su parte, Nathalia también tenía escogidas y confirmadas a sus tres damas de honor. Y entre ellas... se encontraba mi querida Nora, con quien se volvió muy cercana.

Comencé a ver propiedades esa misma madrugada que le propuse matrimonio. Pero no fue hasta hace tres días, antes de la boda, que di con una hermosa villa. Se la mostré con leve entusiasmo y Nathalia eufórica dio un rotundo:

—¡NO! —Chilla— Es realmente hermosa. —Sus ojos brillaban— ¡Pero muy cara Santiago!

—Podemos pagarla cariño. Mírame, sabes que te encanta tanto como a mí.

Ella volvió a mirarme, pero esta vez puso los ojos en blanco.

—Querrás decir que tú puedes pagarla. —Rueda los ojos— Yo jamás podría. Solo gano tres mil euros al mes.

Me rio fuerte.

—Podemos. —Vuelvo asegurar— Todo lo mío será tuyo al casarnos... En solo tres días cariño.

—¡Estás loco! Nada de eso. Firmaremos separación de bienes... O como

se llame esa cosa. —Hace un gesto de indiferencia con las manos.

—¡Tú estás loca! Jamás firmarí tal cosa. O aceptas lo mío como tuyo o no hay trato.

Ella abre la boca sorprendida.

—¿Con que esas tenemos Santiago Da' monte? —Oh oh. Cuando dice mi nombre completo es porque está enojada— Sabes que...

La interrumpo.

Me rindo por completo. No quiero tenerla enojada a solo tres días de nuestra boda. El mejor día de mi vida.

De nuestras vidas...

—Solo bromeo amor. —Me río— Pero solo espero y lo pienses, yo no quiero firmar nada. Y no hay negociación de mi parte. Esto no es un contrato para mí, es mi vida. Nuestra vida juntos... y la quiero así por siempre. Junto a ti. Estoy tan seguro de ello, que ni siquiera pienso en tal acuerdo prenupcial. Olvídalo.

Ella deja de mirarme y ladeando la cabeza se queda pensativa.

Al cabo de unos minutos vuelve hablarme.

—¿Hiciste la cita para ver la casa verdad? —Entre cierra los ojos de manera acusatoria, *como me conoce esta linda criaturita*.

—Sí. —Afirmo mientras sonrío.

—¡Oh dios! —Exclama exasperada— Santi... no sé qué voy hacer contigo.

—Amarme. —Suspiro mientras la miro a los ojos fijamente.

—Eso ya lo hago. Créeme. —Sonríe y antes de salir de mi oficina me besa.

El 28 de diciembre fueron nuestras respectivas despedidas de solteros.

Ya lo sé, todo es muy apresurado ¿Pero creen que me importa? En lo absoluto. Estos ocho días, han sido todo un reto y toda una montaña rusa. Sobre todo para organizar la fiesta y lo de la iglesia, pero, todo gracias a dios ha salido como debe ser.

Volviendo a la despedida... Les pedí a mis padrinos que por favor no planearan nada indebido y de lo cual yo pudiera sentir que tal cosa planeada le faltara el respeto a Nathalia, porque si fuera el caso, les partiría la cara a los tres.

Casi lo hago, me llevaron a un club nudista, pero de Gays.

Al principio me fue gracioso, pero luego, cuando ya uno de los bailarines quería bailarme encima... No lo fue tanto.

Luego los bailarines desaparecieron y una bailarina exótica apareció en un tubo.

Rayos... quería morir.

Me sentía asqueado. Fernando estaba a mi lado gritando eufórico y lanzándole dinero.

Payaso.

Ricardo se reía a carcajadas de mi estado de seriedad y de asqueado.

Cuando la mujer está encima de mi rostro, y casi restregaba los senos encima de mi nariz, me aleje abruptamente.

Mi teléfono en ese preciso momento comenzó a vibrar y cuando revise quien podría ser, era Nathalia llamándome.

—¡Mierda! —Exclamé de manera acusatoria hacia mi supuestos "amigos".

Me aleje de la escena de manera considerada. Y tome asiento en una de las mesas más retiradas, antes de tomar la llamada.

—Hola mi amor. —Suspiré al hablarle.

—Hola Santi. Te extraño mucho... —Ella también suspira— ¿Como la estás pasando?

—Ni te lo imaginas. —Le dije la verdad y ella solo se rió de mi— No le encuentro lo gracioso cariño. Esto es del asco.

—Mi gruñón, no seas tan amargado. Los chicos solo quieren que te diviertas. Vuelve con ellos y pásala bien. No los veras en un laaargo tiempo.

—La escucho sonreír y mi corazón brinca de la emoción ante el pensamiento futurista.

—Eso es muy cierto. Me tendrás solo para ti por casi dos meses... ¿puedes creerlo? Que luna de miel tan larga... ¿no le parece futura señora Da' monte?

Ella ríe fuerte tras la línea.

—Ya verás que pasara volando. Me gusta escuchar lo que has dicho... señora Da' monte. Suena lindo. —La escucho tomar aire— Futuro esposo.

—Solo horas Nathalia. En solo horas serás mi esposa. Serás toda mía por siempre y para siempre mi amor... como en los cuentos de hadas.

—Si... como en las hermosas novelas de amor. —Susurra— Te amo.

—No más que yo cariño. —Le envío muchos besos— Que se diviertan.

—Tu igual... adiós. —Susurra con ternura eso último.

—Hasta pronto nena.

La llamada finaliza y me reuní de vuelta con mis amigos.

El día 30 había llegado. Hoy me casare con el amor de mi vida, estoy más que emocionado y feliz. **Estoy nervioso.**

Diablos... todo de mi está temblando.

Nunca les creí, cuando mis pocos amigos casados me contaron sus experiencias y sentimientos del día de sus respectivas bodas.

Hasta hoy que vivo la mía.

Nos casaremos en la antigua Iglesia de la Merced.

Un hermoso e importante lugar histórico de la ciudad de Bilbao.

No cualquiera logra casarse en esta iglesia sin meses de antelación para avisar.

Pero ya saben... las ventajas de pertenecer al mundo empresarial, a veces, tiene sus buenas recompensas.

Saben... ayer en la noche no pude hablar con Nathalia y eso, no me ayudo a conciliar bien el sueño. Esta mañana tampoco pude y desde entonces no he tenido un buen presentimiento.

Los chicos me dicen que solo son paranoias de mi parte, por los nervios de la boda. Pero no lo veo así.

De todas formas... tal vez, ella solo este dándose a extrañar. Dicen que las novias, no pueden ver al novio ni hablar con él durante el día de la boda, ni el día anterior a la misma.

Tradición de chicas...

Llego a la iglesia a las dos de la tarde en punto.

Veo a mis amistades del gremio empresarial y también algunos colegas de mi Editorial.

Saludo a todos los que puedo y me detengo en el sitio que me corresponde.

Mis padrinos van a un costado y esperan de pie junto a mí.

El párroco aparece unos veinte minutos después y la ansiedad comienza a carcomerme.

¿Dónde está Nathalia? ¿Es normal que se tarden tanto? ¿Y sus damas de honor? ¿Y su madre? ¿Dónde están?

Le hecho una mirada de refilón a mi amigo Ricardo y este sale fuera de la

iglesia. Cuando camina de regreso a mí, una de las madrinas de honor de Nathalia entra corriendo a la iglesia.

Todo lo malo que una persona se puede imaginar pasa por mi mente.

Entro inmediatamente en estado de pánico.

Cuando Laura, la amiga de Nathalia se acerca hasta mí, le pregunto:

—¿Dónde está?

—No lo sé. —Solloza— No entiendo nada. Mira la nota que encontré junto al vestido.

Ella me entrega la nota, la cual tomo con dificultad porque mi mano tiembla sin control.

«Hola Santiago... lo siento tanto. Pero no puedo asistir a nuestra soñada boda. ¿Recuerdas mi secreto? ¿El que tanto me costó decirte... del cual nunca pude hablarte? Pues... ha vuelto, mejor dicho, mi pasado a vuelto a encontrarme, trate de despedirme anoche. Pero no pude, es tan doloroso. Por fin cuando era tan feliz a tu lado... cuando por fin había encontrado lo que tanto había soñado y añorado, el aparece de nuevo. Mi triste y tormentoso pasado... del cual debo protegerte. Sé que no entenderás y que tal vez me odies, créeme, lo entenderé si lo haces, aunque obviamente, duela. Pero estas en todo tu derecho de hacerlo... de odiarme, pero prefiero eso a ponerte en riesgo. Juro que no te mentí, cuando te confesé mi amor, cuando te dije que te amo cada vez que te veía despertar por las mañanas. Juro que me entregue por completo a ti, que mi alma, corazón, mente y cuerpo te pertenecen por completo. Y te juro... que jamás podré olvidarte... Que por siempre voy amarte»

Atte. NC.

Me cubrí el rostro con las manos.

Mi mundo se había acabado. Estaba totalmente derrumbado. Roto.

Las lágrimas caían de mis ojos sin cesar como grandes cascadas y sin darme cuenta, sin medir lo que hacía, salí corriendo de la iglesia y tome el primer taxi que vi pasar.

Pude ver y escuchar como Ramiro y Fernando corrieron tras de mí gritando mi nombre. Pero los ignore, yo solo quería huir. Estar solo... huir de todos.

Desaparecer del mapa.

De la faz de la tierra.

El taxi me dejó en la entrada de nuestra casa.

«*La Villa Nathalia*».

Sí... esa casa, que ella se negó a que comprara por su alto costo. Ya ven... no le hice caso y la termine comprando.

Para nada... ya no había a nadie a quien sorprender. Porque ella... ya no estaba.

Me había dejado... otra vez.

Abro la puerta con lento desdén y la cierro de la misma forma. Me adentro en la casa a paso lento y subo las escaleras hacia la planta alta. Tiro todo lo que encuentro a mi paso contra el suelo y caigo de rodillas sobre este.

Estoy destrozado.

—¡Por qué Nathalia! ¡Por que! —Grito desesperado.

No paro de llorar como idiota... y no sé cuánto tiempo me quedo allí tirado en el suelo. Pero como puedo me pongo de pie y sigo tirando todo lo que encuentro en el camino, hasta que llego a la puerta del que sería nuestro cuarto.

El principal.

Cuando entro... me llevo la sorpresa de mi vida.

Es ella... Nathalia. Dormida en el duro y frío suelo, en posición fetal.

¿Cómo llego a nuestra casa? ¿Cuándo lo hizo? ¿Cómo pudo entrar...?

¿Cómo tan siquiera supo que la compre?

Me acerco hasta ella con lentitud. Vestía un hermoso vestido color crema y tenía los pies descalzos. Observe toda la habitación y me di cuenta, que ella paso la noche y toda la mañana aquí. **Sola.**

Me agache y note que su piel esta erizada por el frío, sus ojos hinchados por el llanto. Y sus manos en puño, apretando su anillo de compromiso y también... un cuchillo.

Abrí los ojos de par en par cuando le vi ese cuchillo en las manos.

Al tratar de quitárselo, ella despertó de un brinco.

—¡No me toques! —Exclama con terror.

Yo me aleje y alce ambas manos al aire. Cuando ella me ve a los ojos, el cuchillo cae de sus manos al suelo.

Su respiración es agitada. Ella esta aterrada, más que eso, asustada de a muerte. Y pálida...

—Santiago. —Solloza mientras cae de rodillas al duro suelo— ¡¡Oh por

dios!!

Yo sigo con los ojos muy abiertos y bajo ambas manos para luego cubrirme el rostro con ellas.

¿Qué mierda está pasando?

—¿Vas a decirme que sucede? —Alce la voz— ¿Por qué me abandonas así Nathalia? ¿Y por qué ahora te encuentro aquí? ¿Cuando en la carta que me enviaste, dejaste muy en claro que te habías marchado!

No recibo respuesta alguna y a cambio de eso, solo puedo verla y escucharla llorar sin cesar, mientras toda ella comienza a temblar.

—Mi padre... —Solloza arrastrando las palabras— Mi padre y ese hombre están aquí. Están... aquí...

—¿De qué hablas? —Le pregunto y me pongo de cuclillas.

Sus dientes comienzan a rechinar a chocar entre sí, está temblando de pánico.

Tiene un ataque de pánico.

—¡Nathalia por favor! ¿Puedes decirme que diablos está pasando? Acabas de dejarme plantando en el altar, y solo me dejas una estúpida carta que me destroza la vida y ahora te encuentro aquí. El lugar que compre para ti, para formar de cero nuestro hogar. —La señalo— Así... en este estado. ¡¡Por amor a dios!! ¿Dime ya que está pasando? ¿Qué sucede?

Me quito el saco y se lo pongo de inmediato al verla como se abraza a si misma por el frío.

—Mi padre... y ese hombre. Ese hombre al cual me vendió... —Se calla.

—¿Qué? —Espeto atónito— ¿Que mierda estas diciendo? ¿Cómo que te vendió?

Ella traga con fuerza y limpiándose las lágrimas continúa.

—Mi padre se volvió adicto a los juegos, y al dinero que pudo sacar y multiplico en su momento gracias a ello, pero jugaba tanto que se endeudó, a tal punto que perdió todo y no le quedó otra opción más que apostar para seguir jugando, obviamente perdió esa apuesta. —Sorbe su nariz— Y lo que aposto... fue a mí.

Me pongo de pie mientras la observo con total y absoluto asombro. Impactado de lo que estoy escuchando.

—Un amigo de mi padre, fue decirle a mi madre lo que él había hecho esa noche. Que mi padre me había vendido al peor postor y vándalo que podía existir en todo México. —Vuelve a llorar— Me vendió...

Comienzo a caminar de un lado a otro con total desespero y me cubro los labios con una de mis manos. Luego me torturo el mentón analizando la situación y entro en pánico al escucharla decir:

—Mi madre fue por mí, a casa de una amiga. Y saco todo el dinero que ella tenía ahorrado, más algo de dinero que mi padre tenía oculto, ella estaba segura, de que algo así iba a suceder, así que tomo nuestros documentos y algo de ropa y me saco del país esa misma noche...

—¡Por dios! —Susurro atónito.

—Desde entonces... vivimos ocultas, escondidas aquí. Siendo discretas y sin involucrarnos con casi nadie, más que nuestros vecinos, y eso es para nuestro propio beneficio. Todos en ese lugar se cuidan mutuamente. Si alguien, llega a buscarnos en dicho lugar y no les da buena espina a nuestros vecinos, todos nos protegerán, aparentando que no saben quiénes somos.

—Nathalia... —Me interrumpes.

—Pero no hizo falta... mi padre y ese hombre dieron con nuestro paradero hace unos días. Con el anuncio de nuestra boda.

—¿Y por qué no decirme nada? ¿Sabes que puedo protegerte? ¡Por dios Nathalia!! Pude haber hecho que los metieran presos al pisar España. ¡Podimos evitar todo este dolor!

Ella se pone de pie con dificultad.

—¿Sabes lo peligroso que puede llegar hacer ese hombre al cual mi padre me vendió cuando apenas cumplía mis veinte años? —Alza la voz— ¿Sabes el miedo que sentía por ti? ¿Por mi madre... por mí? ¿Por lo que pensaras de mí? Por eso siempre te decía que lo nuestro no era correcto... ¡Solo trato de sobrevivir ante toda esta porquería Santiago! —Grita mientras se aprieta el pecho— Solo trate de protegerte, de que mi padre y ese hombre no supieran de mi ubicación, por eso mi distanciamiento a veces. Por eso mi pánico cuando me llevabas a esos lugares tan públicos. —Grita— Prefiero morir antes que me encuentre y que te haga algo, que te manipulen por mi causa. ¡ Que lastime a mama!

—Naty tranquilízate.

—¡No puedo! Ahora no sé nada de mi madre desde ayer, estoy segura que la encontré... ¡Dios mío! —Solloza.

Me acerco hasta ella y la abrazo... no puedo creer por todo lo que ella ha tenido que pasar... por todo lo que ha pasado.

Sola... y siendo tan joven.

Nathalia solo tiene veinticinco años. Esto debe ser una tortura, estar sola... sin protección alguna, por tantos años.

Algo en el centro de su pecho comienza a vibrar y Nathalia toma distancia, alejándose de mí.

Su teléfono.

—¿Bueno? —Ella susurra asustada— No por favor... yo iré. —Grita eufórica— Por favor no la toquen... —Camina de una lado a otro mientras se jala el cabello— ¡¡Mama!! —Grita— ¡¡Mama no!! Mama... —Vuelve a gritar eso ultimo y la escucho gritar dolorosamente— ¡Dios mío! —Solloza fuerte mientras se abraza a sí misma.

Ella va alejarse cuando la tomo del brazo y la detengo.

—¿A dónde crees que vas? —Espeto aterrado.

—Iré por mi madre... La tienen y ese hombre la matara si no me presento ante él. ¡Debo irme!

—¡NO! —Espeto con rudeza— Jamás te permitiría hacer tal barbaridad.

— ¡¡ Santiago es mi madre!!

—Y tú la mujer que amo.

Ella se cubre los labios y toma distancia.

—¡Dios! Santiago... Juro que también te amo, pero debo ir... la mataran. Lo siento.

Sale corriendo de la habitación y me encuentro corriendo tras ella.

—Nathalia... ¡Nathalia detente!

Ella no lo hace y a mitad de las escaleras la tomo del brazo y luego le rodeo la cintura con mi otra mano libre. Caigo sentado sobre los escalones a mitad de la escalera y ella en mi regazo mientras grita por la desesperación.

—Calma. —Le susurro al oído— Calma Nathalia... te prometo que ella estará bien. Llamare a la policía. Tengo amistades allí... nos ayudaran. —Trato de calmarle pero no funciona del todo.

—No... Él dijo que no llamara a la policía porque lo sabría y la matara. ¡Santiago no! Por favor... por favor. —Esconde su rostro en mi cuello y puedo sentir sus lágrimas descender por mi piel.

No le hice caso. Llame a todo mi equipo de seguridad. Y a mí contacto fiel y secreto de la policía de inteligencia de la ciudad.

Al cabo de unos minutos, nuestra casa está rodeada de seguridad y de policías encubierto.

No le dije nada ha Nathalia, pero su casa también lo estaba. Ella vivía en

un pequeño departamento, pero rodearon toda la zona de manera muy cuidadosa y efectivamente, los vecinos de Nathalia ayudaron con la operación.

Uno de ellos, vio cuando la noche de ayer un hombre tomo de sorpresa a mi suegra por la espalda y la adentro en un auto. Luego, una hora después, ella salió del auto tratando de aparentar que todo estaba bien y junto a dos hombres entro al edificio.

No la vieron salir más desde entonces.

A través del teléfono de Nathalia, el vándalo acosador al cual su padre "vendió" y enfóquese las comillas, porque ella es mía y de nadie más.

Dio con nuestro paradero.

La habían rastreado.

Y una balacera se inicia en la entrada de nuestro hogar y cuando voy a huir con Nathalia por la puerta de atrás, la de empleados.

Nos tropezamos con él.

El gran temido «Apostador» este traía consigo una pistola. Nathalia al verlo, grita de horror y la escondo tras de mí.

—Con que aquí está la muy canija. —Susurra entre dientes— ¿Sabes cuánto tiempo y dinero he perdido buscándote para enterarme que te casarías con otro? ¡Con este español de verga! —Espeta furioso. Pero créanme, el jamás podrá estar más furioso que yo— Ven aquí Nathalia, antes que le dispare y tu amorcito se desangre frente a ti.

Escucho como Nathalia gime tras de mí y me abraza con fuerza. Sus uñas se clavan en mí, a través de la camisa de vestir.

Ella va alejarse de mí cuando...

—¡NO! —Grito furioso— Tú te quedas aquí Nathalia. ¡Junto a mí!

El hombre frente a mi ríe escandalosamente y luego me apunta con su arma, directamente en la cabeza y después al centro de mi pecho.

—¿Dime dónde prefieres? ¿La cabeza o el corazón?

Trago fuerte, pero me mantengo firme, dispuesto a morir por la mujer que amo, pero luego sonrío al ver a Jacob, el jefe de mi equipo de seguridad apuntando hacia la cabeza del Apostador.

Cuando este se siente rodeado frunce el ceño y espeta con firmeza:

—¡No se saldrán con la suya!

Y un estruendo que proviene de su arma ensordece a todos y dispara... cuando me preparo para recibir el impacto. Nunca llega.

No soy yo quien lo recibe, **es Nathalia.**

¿En qué momento se puso delante de mí?

—¡Oh por dios! —Grito— ¡NO!

La veo caer al suelo, sus manos tocando mis pies y yo... simplemente pierdo la noción del tiempo cayendo junto a ella, tomando su cara entre mis manos y viéndola luchar para respirar mientras sangre sale de su boca y lágrimas sin cesar de mis ojos.

Ya han pasado cinco años de aquel trágico suceso. Y digo trágico porque, mi suegra. La madre de Nathalia, falleció en el hecho mucho antes de que dieran con su paradero.

Fue golpeada, torturada y violada. Eso último, nunca nadie lo supo.

Jamás se lo revele a nadie.

Quise llevar esa gran carga por mi cuenta.

Si hubiera permitido que mi amada Nathalia fuera en su búsqueda estoy seguro, que ese también hubiera sido su destino.

Pero para mí fortuna, Nathalia sobrevivió al disparo.

Ella me salvo la vida, pero... Estuve a punto de perder mi vida de nuevo, si ella se iba de mi lado, otra vez.

Dios fue grande y piadoso ese día. Y a ella... al menos, no me la quito.

El padre de Nathalia cayó preso y luego murió de un infarto en la cárcel. Supongo que por el remordimiento.

El apostador... esa es otra historia. Pero en resumen, también duro preso algunos años, hasta que se suicidó.

Es que era la comidilla de los presos... ya saben a qué me refiero.

«Era la reina de la noche en casi todas las celdas»

El chisme de lo que el apostador hacía con su vida fuera de la cárcel se regó entre los reclusos.

Y ya saben lo que dicen, tarde o temprano pagas lo que haces.

Supongo que no lo soporto más y por eso... se suicidó.

Me case con mi amada esposa un año después de lo acontecido. Cumplimos un duelo de tres meses tras la pérdida física de su madre, e iniciamos los preparativos de la boda nuevamente con mucho entusiasmo y esta vez... con calma. Nos casamos en la misma iglesia donde me planto. Sí...

esa misma.

En la antigua iglesia la Merced.

Bueno, ya a sabiendas del porqué de los hechos, ella no me planto como tal. Pero de vez en cuando, me gusta bromear con ello. Aunque ella... se enoja mucho conmigo después.

Tenemos una hermosa familia, unos lindos mellizos de dos años, Santiago «En honor a mi padre y Nathalia, también dice que en mi honor» Y a mi pequeña Elicia Ellie «En honor a la madre de Nathalia y a mi madre» Y también, tenemos otro bebe en camino.

Sí, estamos cargados. Pero felices muy felices.

Ahora, trabajo desde casa y Nathalia también, trabaja junto a mí. Ella, es la nueva editora en jefe de mi Editorial.

Bueno, de nuestra Editorial Da' monte. La cual, cada día, se vuelve más fuerte y más importante en la ciudad y todo eso, es gracias a ella y su arduo trabajo.

Nathalia me demostró, que ante la fuerza del amor nada puede y al mismo tiempo, todo vence.

Y que ella... siempre volverá a mí lado.

Te amo Nathalia... por siempre tú, mi eterno amor.

Fin...



Pd: No lo creerán, pero mi amigo Fernando, hace poco se casó con Valentina, a la final, si termino siendo el amor de su vida y yo... su padrino.